

Selección

TERROR

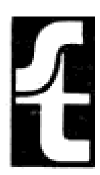
CURTIS GARLAND

YO ENCONTRE A FRANKENSTEIN

YO ENCONTRE A FRANKENSTEIN

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 277
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.791 — 1978
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: junio, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1978

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

272. La barrera de la muerte. *Burton Haré*
273. Ojo en la oscuridad. *Curtis Garland*
274. El terror cayó del cielo. *Joseph Berna*
275. La helada voz del infierno. *Silver Kane*
276. ¡Mata, pequeña Elsa, mata! *Clark Carrados*


SELECCION
TERROR

«—Mas pronto —gritó el monstruo con entusiasmo triste y solemne—, pronto moriré, y lo que ahora siento no volverá a ser sentido. Pronto se extinguirán estas ardientes miserias. Triunfante subiré a mí pira funeraria y me alegraré en la agonía de las atormentadoras llamas. La luz de esa conflagración se extinguirá; los vientos esparcirán mis cenizas en el mar. Mi alma descansará en paz o, si continúa pensando, seguramente no será en lo mismo. Adiós.»

Diciendo adiós, saltó de la ventana del camarote hacia la balsa helada que se hallaba cerca del barco. Pronto las olas lo llevaron consigo y se perdió en las tinieblas y en la distancia.

FIN

(Párrafos finales de la novela original de Mary W. Shelley, *Frankenstein*, publicada por vez primera en 1817.)

CAPÍTULO PRIMERO

Me llamo Steve Garfield. Soy inglés. Nacido en Londres, para ser exactos.

Y ésta es mi historia.

Mi historia, y la de alguien en quien nunca creí seriamente.

Alguien llamado… Frankenstein.

Quizá ustedes tampoco la crean. No me importa. Ahora, *creo* yo y me basta.

Tal vez un día, no muy lejano, ustedes también empiecen a creer.

Sobre todo, si se encuentran con quien yo me encontré, en el transcurso de sus vidas.

No es fácil. Pero puede suceder.

A mí, al menos, me sucedió. Y ésta es la historia.

* * *

Comenzó como acostumbran a empezar todas las cosas realmente importantes. Sin importancia alguna. Sin trascendencia. Como si nada fuese a ocurrir.

Pero ocurrió.

Ocurrió que yo iba a vivir la más insólita aventura imaginable. Que era yo, precisamente *yo*, la persona destinada a vivir la experiencia increíble y fantástica de un reencuentro con el monstruo. De confirmar por mí mismo que la que todos imaginaran como simple creación literaria de una mujer intelectual, sensible y romántica como Mary Wollstonecraft Shelley, como resultado imaginario de una reunión literaria y social con su esposo Shelley y su vecino y amigo lord Byron, en una lluviosa tarde en Suiza, no era solamente eso, sino mucho más. Que Mary Shelley, a fin de cuentas, hizo algo más que inventarse «un cuento de fantasmas», como sugiriese, como simple pasatiempo, el propio lord Byron.

Cierto que ella escribió ese cuento. Y así nació *Frankenstein.*

Pero había más. Algo más. No sólo fue una ficción, sino una realidad tangible que, no sé cómo, llegó a su conocimiento y le dio la materia para su obra literaria, realmente la única seria y concreta que nació de aquella famosa tarde inclemente en los Alpes suizos.

Yo supe, más tarde, que fue real. Que el doctor Víctor Frankenstein —precisamente suizo de nacionalidad—, existió realmente. Y que su «criatura», su obra increíble, el que Mary Shelley apodara también «el

moderno Prometeo», fue un hecho cierto. El monstruo de Frankenstein existió.

Yo lo sé ahora.

Y lo sé, porque fui la persona que lo encontró. Muchos, muchísimos años después de la historia que Mary W. Shelley terminó en un mar lleno de bloques de hielo, donde luego desaparecería —¿para siempre?— su creación literaria, yo era la persona destinada a tan fantástico encuentro.

Pero eso no podía saberlo el día en que todo comenzó. Nadie lo hubiera sospechado ni remotamente, y yo menos que nadie. Porque he sido escéptico y, para mí, esa clase de relatos son sólo fantasías sin otra posible realidad que la desbordante imaginación de un escritor.

Tal vez por ello, yo que me hubiera reído con la sola mención de una posibilidad semejante, era el destinado a vivir la gran aventura que continuaría más de un siglo después de iniciada y concluida, la aventura escrita por Mary Shelley en aquel verano de 1817…

Y todo comenzó así. De la forma que narro a continuación.

Créanlo o no, que eso ya es otra cosa, así fue. Así empezó. Así me hundí yo mismo en la pesadilla.

* * *

Me llamo Steve Garfield. Nací en Londres. Tengo treinta años.

Creo que esto ya lo dije antes. Es igual. Debo empezar por el principio. Y yo soy, en este caso, principio y fin de todo ello. Conviene que recuerden quién soy, exactamente. Así seguirán mejor el hilo de mi relato.

Este comenzó hace poco tiempo. Cuando regresaba del continente a las islas, después de unas semanas de vacaciones en Francia, Italia y España. Habían sido unos días muy agradables, y volvía a la brumosa y nada soleada Inglaterra, con el recuerdo de aquellas jornadas soleadas y amables, en lugares donde las cosas parecen tener más luz y más color.

Pero soy un buen inglés, y añoraba mi tierra. Ahora que el avión me llevaba de vuelta a mí país, me sentía satisfecho, feliz. Aunque allí no disfrutara de tanto sol ni de tanta luz, era mi mundo, y deseaba verme de nuevo en él. Pasear por las neblinas ribereñas del Támesis, contemplar las inconfundibles fachadas victorianas de Mayfair o del East End, mezclarme con el bullicio de Picadilly o recorrer las tiendas de Oxford Street. Tomar una pinta de cerveza en un *pub* o escuchar los discursos pintorescos de un domingo en Hyde Park. Nada podía compararse a eso. Al menos, para mí.

El vuelo llevaba algún retraso a causa de las inclemencias

climatológicas. Se habían anunciado fuertes borrascas en el mar del Norte y en el canal, y tanto Francia como las costas británicas eran azotadas ahora por un fuerte vendaval que traía fuertes aguaceros en unos puntos, y nevadas en otros. El buen clima otoñal del continente, quedaba definitivamente atrás. Ya el último día en París había sido hosco e inclemente, con aguanieve, viento y nubarrones oscuros.

Ello precipitó realmente mi regreso a Inglaterra, puesto que pensaba abandonar Francia tres días más tarde. Anticipé mi viaje, y ahora volaba cerca ya del canal, a punto de salvar la distancia hasta las islas.

Pero la borrasca parecía haberse centrado con inusitada fuerza justamente en aquella zona, y la azafata nos anunció que llegaríamos a Heathroad con cierto retraso, ya que tendríamos que rodear el centro de la borrasca y remontamos ligeramente sobre el mar del Norte, para descender luego hacia el sur, desde la altura aproximada de Leeds, eludiendo lo peor de la climatología, a costa de una demora posible de treinta a cuarenta minutos.

No era una perspectiva demasiado grata, con el bailoteo a que nos sometía el temporal desde que dejamos atrás el interior de Francia, pero era la mejor solución, dadas las circunstancias, y todos la aceptamos de buen grado.

Mi vecina de asiento mostró su contrariedad por la noticia. Cambió una mirada de disgusto conmigo, y movió su cabeza con desaliento.

—Me gusta poco volar —comentó—. Sólo faltaba algo así…

Era una joven de cabellos rojos y ojos pardos, menuda y esbelta. La había observado varias veces desde que abandonamos París, No era inglesa, ciertamente. Su modo de pronunciar el inglés tenía ese delicioso deje que solamente los franceses pueden dar a otro idioma. Una francesita joven, bonita y encantadora. Pero muy molesta con las circunstancias.

—Debe aceptarlo como viene —sonreí, tratando de animarla—. Pasará enseguida, ya lo verá.

Ella no parecía compartir mi optimismo. Ni siquiera el paso de otra azafata, entregándonos revistas y unos refrescos para distraer la demora, lograron animarla lo más mínimo. La observé de nuevo, mientras sus grandes y rasgados ojos pardos parecían, perderse al otro lado de la ventanilla, entre las nubes y las brumas agitadas del temporal.

—Tengo un mal presentimiento —dijo de repente con voz apagada —. Lo tuve desde antes de abandonar París.

No me gustaron sus palabras. Uno, cuando viaja en avión, no se siente precisamente animado a escuchar cosas así. Ni siquiera cuando no tiene miedo a verse en las alturas. Pese a ello, apartando de mí

ideas pesimistas, hablé con firmeza:

—No debe dejarse ganar por tonterías así, créame. Todos tenemos a veces pensamientos absurdos. Olvídelo. Dentro de poco, estará de nuevo en tierra firme, en el aeropuerto de Londres, y se reirá de todo esto…

Ella se volvió. Se quedó mirándome con fijeza. Había algo electrizante y extraño en sus ojos. Me estremecí. Era como si, realmente, hubiera visto en ellos las simas oscuras y siniestras de ese presentimiento citado por ella poco antes.

—Dios le escuche —dijo con sencillez—. Pero no sé…

No dijo más. Era peor que si hubiera hablado mucho. Aquel modo dubitativo, vacilante, de dejar en el aire su comentario, logró inquietarme más aún. ¿Sería cierto que la muchacha había intuido algo trágico en aquel maldito vuelo? Lamenté no haberla escuchado antes, en el aeropuerto de Orly, por ejemplo. Desgraciadamente, la cosa no tenía ya remedio. Estábamos embarcados en una misma empresa, me gustara o no. El zumbido del avión me pareció entonces irregular. El modo de oscilar en medio de los nubarrones, inquietante.

Tal vez estaba empezando a dejarme impresionar por aquella muchacha miedosa del aire. Me quise convencer a mí mismo de que no podía suceder nada. Absolutamente nada. Había viajado muchas otras veces, y siempre resultó todo bien. ¿Por qué había de ser ahora diferente? Una simple tormenta no basta para poner en dificultades a un reactor de los actuales. Es fácil eludir un temporal, volar normalmente… No, nada podía suceder, tenía que convencerme de eso y dejar de pensar tonterías.

—¿Se ha dado cuenta? —oí susurrar de pronto a la joven—. Perdemos altura. Y el vuelo es irregular. Algo sucede. Mire a las azafatas.

Miré. Debo confesar que empecé a sentir algo parecido al miedo. No sólo era cierto que estábamos descendiendo, hundiéndonos entre nubarrones oscuros, sino que el vuelo no parecía normal. El rostro de dos de las azafatas, junto a la puerta de la cabina de mandos, era extraño. Aunque fingían una sonrisa estereotipada, su expresión era tensa, su mirada inquieta. Estaban alarmadas.

Empecé a sentirme convencido. Mi compañera de asiento tenía razón. Algo sucedía a bordo. No eran simples temores.

De pronto, el avión dio un fuerte bandazo. Osciló lateralmente, y perdió mucha altura. Alguien lanzó un grito. Hubo revuelo en los asientos, pese a la rápida intervención de las azafatas. El temor empezaba a materializarse.

—Se lo dije… —susurró mi compañera, aferrándome el brazo con fuerza—: Nos vamos abajo, ¿es que no se da cuenta?

Claro que me daba cuenta. Ahora, sí. Por si ello fuera poco, por los altavoces nos llegó un mensaje súbito:

—Atención, atención. Les habla el comandante Stewart, a cuyo mando viaja esta nave. No deben temer nada. No se preocupen. Todo va a ir bien. Pero tenemos que descender. Estamos sobrevolando el mar del Norte. Intentaremos llegar a tierra y aterrizar sin daños. En caso contrario, nos posaremos sobre el mar. Hay salvavidas a bordo. Se los entregarán las azafatas. No hay peligro de explosión ni de caída en barrena. Simplemente, una avería nos hace ir perdiendo altura. Será un descenso suave. Ya hemos pedido socorro a varias estaciones. Vienen a ayudamos urgentemente. Será solamente cuestión de minutos. No hay peligro para las vidas humanas. Absolutamente ninguno. Serenidad, y obedezcan instrucciones. Nada de paracaídas, no son necesarios. Vamos a descender suavemente. Pero usen los chalecos salvavidas. Flotarán con ellos en el agua fácilmente, si debemos posamos en el mar, frente a la costa inglesa. Enviarán helicópteros para recogemos. En menos de una hora, estaremos todos a salvo. No teman nada en absoluto. No se dejen llevar por el pánico. No hay el menor motivo. Tienen mi palabra.

Eran frases confortables y alentadoras, pero casi nadie las creía. Nos pusimos, pese a todo, los chalecos flotadores indicados. El avión iba descendiendo con mayor rapidez. Pero, al parecer, algo había de cierto en las palabras del comandante. El descenso era brusco, aunque no en picado ni violento. Parecía tener el control del aparato aún en sus manos.

Las azafatas, pálidas pero serenas, ayudaban bastante. Yo conforté a mí compañera de asiento:

—Vamos, no tema nada. Creo que el comandante dijo la verdad. El vuelo termina mal, como usted presagiaba, pero eso es todo. No nos ocurrirá nada.

—Quizá —se estremeció ella—. Pero ¿qué sucederá si tardan los socorros? Moriremos helados en el mar. O ahogados…

Era toda una posibilidad, pero valía más no pensar en ella. La calmé de nuevo, oprimí con calor su mano, que noté helada y temblorosa entre las mías, y esperamos tranquilamente, allí sentados, conforme nos rogaban las azafatas, el momento del impacto, ya fuese en tierra, en un aterrizaje forzoso, o en el mar, en un descenso hasta flotar en las aguas… si es que flotábamos.

El descenso del reactor se precipitó notablemente en los últimos metros. El terror aumentaba a bordo por momentos. Se registraban ya, pese a los esfuerzos de las azafatas, escenas de histerismo. Yo me limité a permanecer quieto en el asiento, sin dejar de apretar las manos de mi vecina. La veía palidecer por momentos, presa de un inevitable terror. Pese a ello, advertí que conservaba cierta calma.

Como si empezara ya a hacerse a la idea de lo peor.

Y lo peor llegó repentinamente.

El alarido colectivo a bordo, acogió el momento del descenso vertiginoso hacia el mar. Oí rugir en el exterior el temporal. Una cortina de lluvia torrencial golpeaba furiosamente el fuselaje del aparato. Murmuré, apretando con mayor fuerza las manos de la muchacha pelirroja, pegando casi mi rostro al de ella, en una última intentona por evitarle el paroxismo del horror:

—Al menos, me gustaría saber su nombre, amiga mía… antes de lo que suceda.

—Suzette —dijo ella con un hilo de voz—. Suzette Pettet…

—Yo soy Steve Garfield —respondí dulcemente. Y hasta besé su mejilla, sin que ella protestara. En vez de eso, noté que se acurrucaba contra mí, con un ahogado sollozo, el terror cuajado en sus hermosos ojos, pardos y profundos.

Luego, el avión alcanzó las aguas.

Pero no fue, como avisara el comandante de vuelo, un choque suave, ni un amerizaje de emergencia que pudiera despertar optimismo. Algo había fallado en el control de los mandos. Nos estrellamos violentamente contra la superficie del mar del Norte. Tan violentamente, que oí crujir todo el fuselaje violentamente, y a través de la ventanilla, pese a las brumas y el aguacero que batían la oscura superficie de las aguas, advertí con horror que un ala se doblaba y partía como si fuese de frágil cartón. El avión se escoro, empezando a sumergirse. Hubo alaridos de pavor a bordo cuando muchos de los viajeros advirtieron el desastre. Sus consecuencias eran previsibles a muy corto plazo; nos hundíamos.

Íbamos a sumergimos como un enorme cetáceo herido, en las profundidades del mar. Las azafatas, con enorme presencia de ánimo, accionaron las puertas de emergencia de la nave rota. Alguna parte, en su fuselaje, chisporroteaba, quizá por un cortocircuito en sus líneas eléctricas. Las cosas se ponían feas. Muy feas.

Suzette y yo tuvimos fortuna. Al lado de nuestros asientos, se abría una de las puertas de emergencia. Salté por ella, sin vacilar, tirando violenta, angustiosamente, de la mano de mi compañera de asiento.

Las enfurecidas olas, una cortina de agua, nos acogieron tumultuosamente. Nos hundimos en ellas, para reaparecer casi inmediatamente, flotando sobre nuestros salvavidas de brillante color naranja fluorescente. Aun en la oscuridad terrible de la noche, era Visible su luminosidad, quizá para facilitar el posible salvamento.

Giré la cabeza, mientras me sostenía en la superficie, braceando con un solo brazo, el derecho, mientras con el izquierdo aferraba enérgicamente a la muchacha. Vi salir a otros viajeros, agitándose

como muñecos desamparados, en medio de turbulencias espumosas y un agitar violento de las negras aguas heladas. Me pregunté cuánto podríamos soportar con aquel clima endiablado. Y también me dije, angustiado, si serían muchos los viajeros que salvarían sus vidas en el caos.

Ciertamente, no podían ser demasiados. El avión, debido a la pérdida de una de sus alas y el incendio en la otra, empezaba a hundirse en el mar rápidamente, medio volcado a babor. La lluvia torrencial, cayendo sobre mi cabeza y rostro, me cegaba por completo. Además, el frío atería mis músculos y los de Suzette. Tenía que dedicar toda mi atención y esfuerzos a salvar mi propia vida y, a ser posible, la de ella. Desgraciadamente, no era un superhombre. Nada podía hacer por los demás, aunque su suerte fuese la peor del mundo.

Y nada hice, precisamente por esa imposibilidad material que me aterraba y enfurecía. Les vi desaparecer a muchos en medio de las turbulentas marinas. Otros, muy pocos, consiguieron flotar, mientras el avión, con azafatas, tripulantes y una gran parte de pasaje, se hundía definitivamente en las profundidades, penetrando el agua a torrentes en su cabina, ya sin luz, invadida de gritos de horror, de agonía, de definitivo caos, de muerte total y sobrecogedora…

Luego, ni siquiera sé lo que sucedió. Sólo recuerdo que intenté flotar. Y mantener a flote a mí compañera, que parecía escurrirse a cada momento de mis dedos.

Fue como un milagro. Pero sobrevivimos. Flotamos en el mar negro, tumultuoso y helado. Esperando algo. Otro milagro más: el de nuestro rescate.

Si es que llegaba a producirse alguna vez.

Capítulo II

Se produjo el segundo milagro.

Su nombre era *Hans Christian Andersen*. Era un buque danés. Un carguero viejo y feo, pesado y lento. Pero me pareció el más maravilloso navío del mundo cuando nos izaron a bordo, en medio de la noche, el temporal y el horror de lo incierto.

Los marinos proyectaban reflectores sobre las procelosas aguas oscuras, en busca de formas vivientes flotando entre las espumeantes olas. Sin embargo, tras muchos esfuerzos e intentos, mientras nos asistían con mantas calientes, brandy y otras formas de reacción para nuestros casi congelados cuerpos, los oí hablar en danés entre sí, moviendo con pesimismo la cabeza y comenzando a apagar los reflectores.

Uno de los marineros nos tradujo en un inglés deplorable lo que se comentaba:

—Mala suerte, señor. Ustedes únicamente salvados. No hay más supervivientes. Hallamos tres más. Están en la bodega. Habían muerto por congelación dos de ellos. El tercero, ahogado. Lo siento. No hay más con vida. No se ve a nadie. Avión hundido, ¿verdad?

—Verdad —resoplé, abatido—. Creo que hemos llevado más de cinco horas flotando en esas malditas aguas. Estamos casi helados.

—Soportar bien ustedes —siguió con su inglés pintoresco, de fuerte acento nórdico—. Fuertes los dos. Chica muy fuerte. Usted mucha voluntad de sobrevivir. Les felicitamos. Ahora, descansen abajo. Hay camarotes para ustedes dos. Les daremos caldo caliente y vino. Luego, dormirán. Están a salvo. ¿Ingleses los dos?

—No —negué—. Yo solamente. Ella es francesa.

—Ya. ¿Novia, esposa…?

—Nada de eso. Compañera de viaje. Del asiento de al lado.

Un hombretón rubio, fornido, de chaquetón azul marino de cuello subido, interpeló al marino, reprochándole que nos entretuviera con su charla. Se presentó luego en inglés más aceptable, mientras chupaba una pipa de madera de brezo:

—Soy el capitán Kohlen —dijo—. Es una suerte tenerles a bordo. No piensen en lo demás. Les llevaremos a puerto escocés en cuanto amaine el temporal y podamos alcanzar Aberdeen o Dundee. Están a salvo. No hagan caso a Liedholm. Es mi contramaestre. Y habla demasiado.

Nos condujeron a dos camarotes que, sin duda, pertenecían a la

oficialidad. Eran angostos, con dos camas. Yo compartiría el mío con Liedholm, el contramaestre. Imaginé que Suzette tendría uno solo para ella, y sus ocupantes habituales serían acomodados con los demás marineros.

—Gracias —les dije, fatigado—. Gracias por todo, amigos. Nunca olvidaré que les debo la vida…

Y dediqué un triste recuerdo a los compañeros de viaje, a las azafatas, a los tripulantes todos del avión hundido en el mar. Ciertamente, la muchacha francesa había tenido mucha suerte al viajar a mí lado. De no mantener yo la serenidad y decisión suficientes para retenerla conmigo contra todas las adversidades, ella sería ahora una víctima más entre las que sufriera el avión al hundirse en el mar.

—Ahora descanse y olvide todo eso —me recomendó el capitán Kohlen—. Tomará alimentos calientes, un vino excelente y café o té, como prefiera. Luego, dormirá cuanto quiera. Tal como está el temporal, hará falta, cuando menos, que nos mantengamos alejados de las costas durante un día entero. Luego, será el momento de intentar entrar en puerto. De todos modos, informaremos por radio de que les hemos recogido para que sus familiares estén tranquilos.

—No se preocupe demasiado por mí —suspiré—. No tengo familia alguna, capitán.

—Bien. Tal vez la señorita sí la tenga. ¿Sabe su nombre?

—Suzette Pettet. De París, creo. Es todo lo que sé. Hemos perdido nuestros equipajes e imagino que los documentos. Absolutamente todo, capitán.

—No piense en eso. No tiene importancia —el capitán danés sacudió la cabeza, pensativo—. Es curioso, pero en este viaje parecemos destinados a ir recogiendo náufragos… por la razón que sea.

—¿Cómo? —me sorprendí—. ¿Es que hay alguno más a bordo?

—Sí, señor. Un hombre que recogimos de un naufragio. Esa vez fue una embarcación, cerca de Odense. Procedía de Kronshtadt, en la Unión Soviética.

—¿Un ruso?

—No, no —negó el capitán, dirigiéndose a la salida del camarote —. Viajaba en un pequeño barco ruso, pero él es suizo. Y viaja con algo… Un envoltorio, un embalaje de plástico. Parece ser un científico y lleva algo consigo. Se llama Viktor. Doctor Viktor Frankenstein VI.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí.

* * *

Viktor Frankenstein VI.

No podía dormir. No dejaba de pensar en ello. Pese al agotamiento, a mis ateridos miembros que habían entrado en calor prontamente, gracias al caldo de pollo caliente y a la buena carne a la brasa, así como a los dos generosos vasos de buen vino oscuro, y la taza humeante de café, pese a cuanto había vivido en aquellas últimas y terribles horas a merced del mar tempestuoso, no me era posible conciliar el sueño.

Seguía pensando en aquel nombre increíble. Fantástico casi.

Para el marino danés, posiblemente no muy ducho en literatura, escasamente aficionado al cine, y de tosca imaginación nada dada a vuelos audaces, el nombre del doctor suizo nada parecía significar. Para mí, era muy distinto.

Después de todo soy escritor. Como tal, me atrae, me fascina todo lo que se relacione con la literatura. Y, sobre todo, con la fantástica. El nombre de Frankenstein podía no significar absolutamente nada. Quizá era un nombre relativamente corriente en la suiza alemana o en regiones germanas. Pero yo nunca lo había oído antes de ahora, pese a haber visitado en ocasiones Zurich y otros lugares como Munich, Stutgart y Frankfurt.

Frankenstein…

Era como un ramalazo de fantasía. Y también de horror.

Venía de la Unión Soviética. Del puerto nórdico de Kronshtadt. Vagamente, creí recordar que Mary Shelley, ciento sesenta años antes, situó en ese lugar su desenlace, el fin del monstruo y de la obra: en un lugar de hielos y nieve, en los mares nórdicos, no lejos de la costa rusa.

¿Significaba algo todo eso? Me moví, inquieto, en la litera del camarote. Y recordé unas palabras pronunciadas con aire indiferente por el buen capitán Kohlen, el rubio y fornido patrón del *Hans Christian Andersen.*

«Viaja con algo… Un envoltorio, un embalaje de plástico. Parece ser un científico… y *lleva algo consigo.*»

No, no. No podía ser. Era… era *demasiado* fantástico. Increíble. Cosas así no sucedían. No *podían* suceder nunca. Y menos a mí.

No sé cómo sucedió. Pero finalmente, logré conciliar el sueño. Me quedé dormido. Y tuve sueños horribles. Pesadillas con aviones que se hundían en el mar, arrastrándome a mí a las profundidades. Y de ellas emergía en brazos de alguien… que resultaba tener el rostro de Boris Karloff y la gigantesca figura del monstruo de la pantalla, tal como para todos nos era conocida la criatura de Frankenstein. No aquella otra, tan diferente, tan escalofriante distinta, que narraba patéticamente Mary Shelley en su obra. Aquel ser «de cabello apelmazado, manos de apariencia, color y textura como la de las

momias, rostro horrible, repugnante y aterrador»… Eran palabras suyas, de su creadora literaria.

Pero yo, en mis sueños, le veía como le había visto siempre en las películas, en la convencional versión «made in Hollywood» que, quizá, tan lejos estaba de la concepción literaria de su autora. Pero que era la única que yo conocía e imaginaba.

No sé cuánto duraron aquellas malditas pesadillas. Lo cierto es que cuando desperté, el contramaestre Liedholm estaba ante mí, contemplándome atentamente. Le acompañaba otro hombretón rubio, de ojos muy azules y expresión hosca, con gorra de marino de paño azul, y chaquetón de igual color, con el cuello subido. Este último portaba una bandeja con alimentos, caldo humeante, vino y café.

—Vamos, tiene que tomar algo —me dijo el contramaestre—. Lleva más de doce horas durmiendo, y no ha parado de agitarse y hablar en sueños. Tenía fiebre esta madrugada. El capitán la inyectó un antipirético, pero usted ni se enteró. Eso sí, a partir de entonces descansó mejor. Este es el piloto Johansen. Le traemos alimentos.

—Gracias —dije débilmente, inclinando la cabeza hacia ambos. El piloto ni siquiera movió un músculo de su áspero rostro o pestañeó. Tenía un barbita rala, casi ridícula, de pelo lacio y albino—. Pero no tengo apetito. Sólo quiero el caldo y el café. Será lo mejor.

—Está bien. Como quiera —se encogió de hombros el contramaestre—. Ya informamos de su rescate a tierra. No ha habido más supervivientes.

—Dios mío… —musité, cerrando los ojos. Luego, pregunté—: ¿Y… y ella?

—¿La señorita Pettet? Bien, bien —sonrió ampliamente—. Se recupera con rapidez. Parece más fuerte aún que usted. También ella preguntó… por su compañero.

—Menos mal que ella se ha salvado —moví la cabeza con horror —. Pero imaginar que todos los demás… Es espantoso, créame.

—Le creo. El doctor estuvo a verle. Fue él quien recetó la inyección. El capitán sabe ponerlas. Dijo que no corría usted peligro. Sólo tenía la fiebre. Causa del frío cogido en alta mar.

—¿El… doctor? —parpadeé, removiendo el caldo con una cuchara de madera. Alcé mis ojos y tuve un leve estremecimiento. Recordé de repente que, en efecto, viajaba un doctor a bordo—. ¿Su… su pasajero?

—Eso es. El doctor Frankenstein…

—¿El me visitó?

—Por supuesto. Es un hombre muy amable. Se interesó enseguida por ustedes dos. También vio a la señorita francesa.

—Ya —asentí, pensativo—. Gracias por todo, señor Liedholm.

Todos se portan muy bien conmigo. Por cierto, ¿su compañero no tiene lengua?

—¿Johansen? —el contramaestre se echó a reír—. Oh, él no entiende nada de inglés o de otros idiomas. Sólo danés. Y es muy callado.

No sé si fue ilusión mía, pero los azules ojos del piloto Johansen tuvieron un rápido destello de comprensión, Si no entendía el inglés, no podía saber qué era lo que entendía, excepto su nombre. Siguió silencioso, hasta abandonar el camarote, junto con el contramaestre Liedholm.

Apuré el caldo y el café, y me tendí de nuevo, con un suspiro. Notaba crujir y agitarse el casco del buque. Al otro lado del ojo de buey del camarote, percibíase claramente el embate furioso del viento y el oleaje. Era obvio que las doce horas de sueño no habían bastado a cambiar el tiempo. Seguíamos en pleno temporal e imposibilitados, por tanto, de aproximamos a la costa. Sabía lo suficiente de navegación para estar seguro de que un barco del tonelaje del *Hans Christian Andersen*, terminaría irremisiblemente estrellándose contra los arrecifes si pretendía entrar en puerto con aquella enorme borrasca encima de nosotros.

Mentalmente, tuve un recuerdo para mis ocasionales compañeros de viaje, perdidos para siempre en el mar. Me pregunté qué habría sucedido, de no viajar yo justamente al lado de aquella puerta de emergencia, junto a Suzette Pettet.

Luego, me amodorré otro rato. Notaba calor en mis mejillas, y también en mi frente. Tal vez volvía la fiebre. Noté escalofríos, y perdí la noción de todo. Cuando abrí los ojos, él estaba ante mí.

El…

Creo que nunca le olvidaré mientras viva. Y le recordaré siempre como entonces lo vi. Allí, en el angosto camarote del barco de cabotaje danés, inclinado sobre mí, tomándome el pulso, con una aguja y una jeringuilla en su mano izquierda.

Alto, muy alto, Delgado, pálido, de ojos claros, facciones angulosas, nariz algo acentuada, recta y fina, mentón suave pero enérgico, una expresión inteligente y lúcida en sus pupilas. Vestido sobriamente de gris, a la usanza clásica, con chaleco que cruzaba una cadena de oro de bolsillo a bolsillo, corbata oscura y un alfiler con una pequeña perla. Todo un caballero. La mano que tomaba mi pulso era larga, fina y casi translúcida, de cuidadas uñas y dedos delgados.

—Cálmese —me sonrió con un inglés suave, apacible y educado—. Está bien. Sólo un leve aumento de temperatura. Es natural, dadas las circunstancias. Voy a aplicarle un medicamento más eficaz en esta ocasión. Yo mismo lo haré. El capitán Kohlen está demasiado ocupado

en el puente. Estamos pasando un mal momento a bordo.

Entendí. El barco se agitaba como un demonio. La tormenta nos zarandeaba rabiosamente, notaba el bailoteo furioso sobre el oleaje, y sentía el rugido del mar, al barrer la cubierta y golpear el casco, haciéndolo crujir siniestramente.

Pese a todo ello, el hombre alto y pálido no se inmutaba. Parecía muy lejos de aquella situación peligrosa. Como si nada pudiera afectarle.

—Usted… ¿usted es el doctor…? —comencé, aunque sabía que era una pregunta necia.

—El doctor Frankenstein, sí —asintió con una tenue sonrisa. Luego, movió la cabeza, de cabello rubio oscuro, salpicado de algunas canas, con profundas entradas—. Viktor Frankenstein VI. Usted es inglés. Posiblemente mi nombre le dice algo, ¿no es cierto?

—No creí… que existiera.

—¿Un doctor Frankenstein? —sonrió ampliamente—. ¿Por qué no? No es un nombre tan absurdo. En Suiza hay otros parecidos o iguales.

—Pero usted es…

—Sé lo que va a decir —asintió suavemente—. Sí. Yo soy descendiente del doctor Frankenstein a quien usted alude.

—Lo imaginaba —suspiré.

—Uno no puede eludir ciertas cosas. Por eso no he negado nunca mi descendencia. Soy el sexto Viktor Frankenstein, a partir de entonces. Mi padre fue el quinto. Yo seguí el orden. Eso es todo.

—De modo que no fue… una leyenda ni una fantasía.

—¿El libro? —enarcó las cejas. Me inyectó en el glúteo, pasó el algodón con alcohol, y presionó, sin dejar de mirarme—. Siempre se fantasea. Pero hubo aleo de cierto, sí. Sólo que yo no viví entonces. No sé qué ocurrió realmente. No hemos querido saberlo ninguno de nosotros. Es mejor así.

—Pero si usted existió… también él…

—¿El monstruo? —soltó una leve carcajada. Se encogió de hombros. Pero sus ojos seguían siendo graves y fríos—. No sé. Eso, nadie lo supo jamás. El primer Viktor Frankenstein de la saga, se llevó el secreto a la tumba. Nunca estuvimos seguros de nada. Y tal vez sea mejor así. Pero piense que lo que en su época era una aberración, casi una blasfemia, hoy en día es un simple experimento, una novedad científica. Los trasplantes ya no aterran a nadie. La ciencia no es una fábrica de monstruos, como pensaban nuestros antepasados.

—Tal vez no. Pero aún hay cosas que no deben hacerse…

—Dejemos el asunto —cortó, algo seco, tapándome cuidadosamente—. Lo que debe hacer ahora, es descansar tranquilo. Con lo que le he administrado, dormirá profunda y apaciblemente. Su

compañera, la señorita Pettet está muy bien. Podrán verse en breve, en cuanto despierte de su nuevo sueño. Le está muy agradecida. Dice que le debe la vida, señor Garfield. Que sin usted, jamás lo hubiera contado.

No dije nada. Vi partir al hombre alto y elegante hacia la puerta del camarote. Antes de que desapareciera en el pasillo, le interrogué:

—¿No podemos tocar puerto aún?

—Sería un suicidio —explicó—. La tormenta no amaina. Estamos metidos en ella de lleno. Tendremos suerte si salimos con bien. Hay desperfectos serios a bordo, señor Garfield.

Salió, cerrando tras de sí. Volví a quedarme adormilado, mientras pensaba en aquel encuentro fantástico con el descendiente de un hombre casi mítico. Parecía escéptico respecto a muchas cosas del pasado y de su ilustre antecesor. Pero ¿lo era, realmente?

Yo no podía olvidar que viajaba con un embalaje misterioso, desde un puerto al norte de la Unión Soviética. Tal vez la Ciencia, como él dijera, ya no creaba monstruos. Pero ¿y si estaba ya fabricado con anterioridad? Quizá la tarea consistiría solamente… *en devolverle la vida.*

Fue una idea espeluznante. Creo que temblé, horrorizado. Pero un momento más tarde, la medicina inyectada hacía su efecto. Me dormí.

Y esta vez, ni siquiera tuve pesadillas.

Pero cuando abrí los ojos, el agua entraba en el camarote, y una voz áspera, en danés, lanzaba gritos en el corredor.

Me incorporé, asustado. Miré el agua que penetraba en el camarote, hasta alcanzar al menos dos palmos de altura. Los embates furiosos en el exterior, eran más fuertes que nunca, todo el barco crujía… y nos estábamos ladeando peligrosamente de babor, entre agrios chirridos de metal oprimido.

—¿Qué sucede? —grité con voz angustiada, casi saltando de la cama.

En la puerta, apareció un contramaestre Liedholm pálido y sobrecogido. Me avisó en inglés, abruptamente:

—Pronto, señor… Prepárese a abandonar el barco. Hemos encallado en las rocas. Debe ser la costa de Escocia. Tal vez alguna isla del norte… No sé. Hemos perdido el rumbo, vamos a la deriva en medio de la tempestad, y los daños a bordo son muy serios. Hay una vía de agua en las bodegas. Nos escoramos de babor, y podemos volcar de un momento a otro. Hay que evacuar el barco. Orden del capitán.

Capítulo III

Era el segundo naufragio en pocas horas.

Primero, el avión. Ahora, el barco danés. En la primera ocasión, más de cien muertos. Ahora, sólo Dios sabía…

Me vestí apresuradamente, ayudado por el contramaestre, que rápidamente regresó a cubierta para dirigir las operaciones de salvamento. Salí, calzado con unas altas botas de marino, que me facilitara Liedholm, para evitar que el agua mojara mis pies y piernas, en mi actual estado. Un pesado capote me protegía del intenso, húmedo frío en el exterior.

La noche era oscura como boca de lobo. Alrededor nuestro, apenas nada era visible, salvo algunas luces dispersas por la cubierta, barrida por tumultuosas olas espumeantes, que lanzaban a los marinos daneses de un lado a otro, violentamente.

El contramaestre tenía razón. Estábamos a medio volcar, entre peñascos y arrecifes. En cuestión de poco tiempo, el barco se tumbaría de babor irremisiblemente. Y si había fondo suficiente, se hundiría.

Habían echado al agua los botes salvavidas, a los que subían inicialmente los pasajeros. Vi al doctor Frankenstein y a Suzette en uno de los botes. Ella iba envuelta en una manta para protegerse del frío. Me vio y agitó su brazo en trémulo saludo. Respondí al mismo. El doctor me miró desde su emplazamiento, en un extremo del bote. Como fascinado miré lo que llevaba tendido a sus pies, amorosamente oprimido entre sus piernas, como si temiera perderlo en medio de los embates del oleaje.

Era un largo envoltorio, como de dos metros y medio o tres, de material plástico, duro como el metal, pero sin duda mucho más lívido, de color gris oscuro, hermético y rígido. Tenía una rara semejanza, pensé con un estremecimiento, con un enorme ataúd. Pero en realidad, no era sino una caja cuadrangular que tal vez llevaba material científico y nada más. No debía dejar volar mi imaginación. Ni siquiera llamándose aquel hombre Viktor Frankenstein.

Me subieron a otro bote con el piloto Johansen y el contramaestre Liedholm, así como una media docena de marinos. El capitán permanecía en la volcada cubierta, junto al último bote. Pero ya poco podía hacer a bordo. De un momento a otro el barco, como un enorme cetáceo de metal oscuro, se volcaría definitivamente agonizando entre los arrecifes.

Partimos en la oscuridad, rumbo a alguna parte. Me volví, aterido,

hacia el contramaestre.

—Señor Liedholm, ¿adónde vamos ahora…? —quise saber.

—A la costa —dijo—. Está a menos de media milla de estos arrecifes. Allá, ante nosotros. La lluvia y la bruma nos impiden ver las luces ahora. Hay un puerto de pescadores. Sin duda alguna, es una pequeña isla escocesa, al norte de Scapa Flow. Puede ser Stronsay Island u otra más pequeña.

—Creí que viajábamos lejos de la costa para evitar algo así —comenté, mirando hacia el bulto del buque encallado, que iba quedando atrás, solo y herido de muerte.

—Y así era —dijo ceñudo el contramaestre—. Al menos así tendría que haber sido. Lo que no me explico, es cómo se cometió un error así esta noche… y quién lo cometió.

De momento, no le entendí. Luego, capté su mirada, fija en alguien. Giré la cabeza. La lluvia, en cascada, me azotó el rostro violentamente. Aun así, a través del ¿zote del agua, contemplé el rostro huraño, hermético, ¿el rubio piloto Johansen, erguido en la quilla del bote, con la mirada perdida en la distancia, inexpresivo, como si nada fuera con él.

Pero él era piloto del *Hans Christian Andersen*. Y el contramaestre Liedholm le estaba mirando directamente mientras hablaba.

* * *

Ya se veían las luces.

Salpicaban la costa, en forma de herradura, quizá bordeando una playa o muelle natural, abierto entre dos promontorios que salían hacia el mar. Uno de ellos tenía un faro que, intermitentemente, proyectaba su luz hacia el embravecido mar. El otro, permanecía sumergido en la sombría noche.

Nos acercábamos, luchando contra la furia de los elementos, hacia aquel centro salpicado de luces inciertas y débiles. El bote del capitán Kohlen se había unido a los nuestros, tras abandonar su barco encallado. Oí decir que, afortunadamente, no había bajas. Todos viajábamos hacia la costa sin novedad.

En otra ocasión, todo esto me hubiera impresionado. Ahora, después de la trágica experiencia del vuelo París— Londres, ya nada podía alarmarme. Aceptaba los embates del destino como algo natural que, fatalmente, tenía que producirse. Lo importante era sobrevivir. Y, de momento, eso estaba ocurriendo.

Nos costó arribar a puerto. En la entrada a la playa, el mar batía rabiosamente contra los dos promontorios y estallaba luego, espumeante, en los numerosos arrecifes de la entrada. Era muy fácil

ser cogido por una ola y lanzado violentamente contra una de aquellas rocas, donde nos estrellaríamos perdiendo la embarcación y, posiblemente, la vida.

Pero se superó la dificultad, y poco después alcanzábamos la franja arenosa, ahora casi cubierta por las aguas, junto a los embarcaderos de los pescadores, situados bajo el promontorio del faro.

Una serie de edificaciones toscas, de casas de ladrillo oscuro o piedra, se alzaban allá, ante nosotros, formando semicírculo ante la entrada al lugar. El viento furioso de la noche, hacía bailotear las luces amarillentas colgadas de los muros, iluminando débilmente el paraje.

Ni un ser viviente era visible en todo lo que abarcaba la vista. El contramaestre Liedholm refunfuñó algo sobre lo triste del lugar. Miré mi reloj. Por fortuna era un modelo sumergible, que soportaba bastantes cosas.

—¿Qué puede esperar uno a las doce de la noche en un pueblo de pescadores y con semejante clima? —comenté—. Deben estar todos durmiendo, bien ajenos a lo ocurrido.

Salimos, empapados y ateridos, de los baqueteados botes. Me apresuré a correr por la inundada arena, entre afilados peñascos repletos de moluscos, en dirección al bote donde viajaran Suzette y el doctor Frankenstein. Ella me miró con expresión jubilosa y me tendió sus manos. Las apreté con fuerza. Esta vez, ambos las teníamos igualmente húmedas y heladas.

—Mi querida amiga… —murmuré emocionado—. Es la segunda vez que nos libramos…

—Parece que el destino la tiene tomada con nosotros —sonrió animosa—. Pero no se porta del todo mal, a fin de cuentas.

Miré hacia Frankenstein, a quien dos marineros fornidos ayudaban a desembarcar el embalaje. Pese a la ligereza de los materiales plásticos de la caja, era obvio que su contenido pesaba considerablemente. Ello aumentó mi curiosidad. Y mi inquietud.

—Fue una locura —comentaba el doctor suizo—. Viajar tan cerca de la costa, con estos islotes y arrecifes…

Parece mentira que marinos experimentados hagan algo así.

No dije nada. Pero eso, unido a lo que dijera el contramaestre durante el viaje en bote hasta la costa, me hizo pensar nuevamente en lo extraño de aquel naufragio. Evidentemente, alguien a bordo había cometido un error demasiado grave para ser un marino experto.

—¿Usted no abandona su equipaje, doctor, ocurra lo que ocurra? —pregunté de pronto con ironía.

Frankenstein me miró, pensativo. Una débil sonrisa asomó a sus delgados y aristocráticos labios. Luego negó lentamente sin quitar de

mí su mirada azul.

—Mientras pueda salvarlo lo haré —suspiró—. Estos marineros fueron muy amables al ayudarme. Yo solo no hubiera podido jamás trasladarlo.

—¿Tanto pesa?

—Sí, bastante —se encogió de hombros, desviando su mirada—. Bien, señor Garfield, usted es ciudadano británico. ¿Cree que estamos realmente en sus islas?

—Es muy posible. Se lo diré cuando vea algún cártel en mi idioma —sonreí—. Pero por las apariencias, debe ser una isla al norte de Escocia, no hay duda. Una isla muy pequeña. No creo que sea Stronsay Island, sino otra menor.

—De cualquier modo, todo navegante sabe que estas islas están aquí… y lo peligroso de navegar cerca de ellas con este temporal —hizo notar Frankenstein, ceñudo.

—Exacto —asentí—. Pero todo el mundo puede cometer errores. Este debe ser uno de ellos.

—Sí, claro —admitió el médico suizo—. ¿Qué otra cosa podía ser si no? No quiero ni pensarlo…

Y se alejó de nosotros, siguiendo a los marineros que transportaban su carga a tierra firme. Yo me quedé mirándole, perplejo.

—¿Qué habrá querido decir con eso? —dije entre dientes—. No puede ser sino un error…

Suzette no me escuchaba. Estaba saltando sobre las rocas, hasta alcanzar unos escalones de madera que nos sirvieron para aupamos a un largo embarcadero ante el cual estaban amarradas numerosas embarcaciones de pesca. Leí los nombres de algunas embarcaciones, y el corazón me dio un brinco.

Rob Roy, Shetland, McDougall Clan, The Pipper, Highlander, Borderer…

—No hay duda —suspiré—. Estamos en Escocia, señores. Esas son las Islas Orkney, sin duda alguna. Lo que no sé, es cuál de ellas…

Poco después, teníamos también respuesta para esa pregunta. Un edificio cercano al embarcadero, mostraba en inglés un gran rótulo sobre su fachada:

«Consorcio Pesquero de la Isla de Dunsay. Mainland. Escocia.»

—Dunsay… —comentó cerca de mí el capitán Kohlen—. La más pequeña de todas ellas. Apenas un islote. Este pueblo pesquero, un faro… y poco más… Vaya lugar…

—Espere —le advertí, señalando en dirección opuesta—. Hay algo más, capitán. El pueblo, el faro… y ese edificio en lo alto del otro arrecife.

—Cierto —el capitán Kohlen arrugó el ceño, mirando hacia allá—.

Un edificio solitario. Y, si la vista no me engaña, se trata de un viejo castillo escocés…

Giré la cabeza. Miré con mayor detenimiento hacia la distancia. Luego, le pedí al contramaestre Liedholm unos prismáticos que llevaba consigo. Limpié de agua y vaho sus lentes. Los apliqué a mis ojos, y miré a la distancia.

Como me había figurado, era un castillo, pero no parecía realmente antiguo, sino una simple imitación moderna, una residencia en forma de castillo. Y había luces en sus ventanas.

Devolví los prismáticos al contramaestre. Estaba pensando en aquel falso castillo, edificado sobre los abruptos peñascos del promontorio sur de la isla.

De repente, tuve la rara impresión de que unos ojos miraban fijamente hacia mí, clavados en mi nuca. Me volví vivamente.

El piloto Johansen, el silencioso marino rubio de fría mirada, estaba contemplándome. Al verse sorprendido, desvió la cabeza y se alejó hacia el pueblo.

No sé por qué, recordé en ese momento unas extrañas palabras del doctor Frankenstein cuando tomó tierra en el islote escocés:

«—¿Qué otra cosa podía ser, sino un error? No quiero ni pensarlo…» Me acerqué al contramaestre. Le pregunté como por azar:

—¿Quién dirigía la marcha del buque cuándo encallamos?

Liedholm me miró fijamente. Parecía sorprendido por mi pregunta. Casi sobresaltado.

Sus ojos se entornaron en medio de una red de profundas arrugas.

—El piloto Johansen —dijo, escueto—. ¿Por qué lo pregunta? —No, por nada —contesté alejándome.

* * *

Al menos había una fonda en el lugar. Y cuatro o cinco cantinas. Lógico, tratándose de escoceses. La fonda estaba tan cerrada como las cantinas y demás establecimientos. Evidentemente, no esperaban viajeros a tales horas.

El capitán Kohlen golpeó fuertemente en la puerta hasta que brillaron luces en el interior y se abrió una ventana.

—¿Quién diablos hace tanto ruido a estas horas? —preguntó una voz airada.

—Maldita sea, soy el capitán Kohlen, del barco danés *Hans Christian Andersen*. Hemos encallado en los arrecifes, y nadie ha venido a ayudamos. ¿Es que todo este pueblo está muerto? Necesitamos algo caliente, ropas, un techo para cobijamos…

—Oh, cielos, esperen —rogó el fondista, sobresaltado—. ¿Quién

podía figurarse que con una noche así se aproximaría barco alguno a los arrecifes? Hace falta estar loco o no saber de navegación para hacer algo parecido… Abriré enseguida.

Poco después, entrábamos todos en la fonda. El hombre a medio vestir, desgreñado, de frondosas patillas rojas, se apresuró a encender los leños del hogar y preparar bebidas calientes y whisky para quien lo quisiera. Una mujer gorda y gruñona bajó de los dormitorios para volverse amable al saber lo sucedido a tan imprevistos huéspedes.

—El faro es ahora automático. Al no haber farero, nadie se entera de lo que sucede en el mar —comentó ella, malhumorada—. Era mucho mejor antes. Stuart, el farero, era un lince. Veía cualquier cosa en muchas millas a la redonda. Esos adelantos modernos…

Y se fue a la cocina, refunfuñando. El amplio comedor, aparecía repleto, con todos nosotros acomodados lo más cerca posible del fuego. Éramos un total de veinte o veintidós personas, la totalidad de la tripulación y pasaje del barco danés.

De súbito, el capitán Kohlen se encaró con su piloto. Comenzó a hablar duramente en danés. No entendía absolutamente nada, pero imaginaba el tema. Pálido, el piloto replicaba de vez en cuando, pero el torrente de ásperas palabras de su superior, apenas si le dejaban opción a responder. Miré al contramaestre, que escuchaba en ceñudo silencio la disputa.

Suzette, instintivamente, se había acurrucado junto a mí, tal vez porque era el único amigo verdadero que tenía allí en estos momentos. Además, estaba ahora en una tierra desconocida, que sin embargo tenía algo de familiar para mí, ya que formaba parte de mi país. Creo que eso la hacía sentirse aún más desvalida.

La tomé por un hombro con calor y murmuré en voz baja:

—Creo que están culpando al piloto del naufragio. Cometió un error muy serio.

—Pero eso ya no tiene remedio…

—No, claro que no. Sin embargo, resulta extraño que avezados navegantes cometan equivocaciones tan graves. Oí decir a bordo, repetidas veces, que debíamos navegar lejos de todo litoral. No creo que perdieran la brújula…

La conversación se estaba agriando. Congestionado, el capitán Kohlen aferraba en estos momentos a su piloto por las solapas de recio paño de su chaquetón azul y le zarandeaba, pese a su corpulencia, como si fuese un niño. Lívido, el piloto parecía a punto de estallar, rebelándose contra su capitán. Noté sus puños cerrados, enormes como mazos, con los nudillos blanqueados.

Súbitamente, el capitán soltó a su subordinado con tal violencia, que éste fue dando trompicones hasta derribar un banco y caer sobre

una mesa, que volcó bajo su peso. Sorprendido y alarmado, nuestro escocés hostelero se quedó en la entrada al comedor con una bandeja repleta de ponches, brandy caliente y whisky.

—Pero, señores, ¿qué es esto? —demandó—. Creí que eran marinos sensatos…

—Lo somos, señor —dijo fríamente el capitán en inglés—. Lamento esto. Es una cuestión interna que no debí tratar aquí con mi subordinado.

—Está bien, no se disculpe —resopló el fondista—. Deben _ estar nerviosos, alterados. Tomen esto ahora. Avisaré a nuestro alcalde para que telefonee a las autoridades navales de Shetland. Si es que con este tiempo, funciona nuestro maldito teléfono, claro. Casi siempre está averiado… Somos un lugar dejado de la mano de Dios, señores.

Nos sirvió a todos, ausentándose para preparar algo de alimentos, mantas y ropas de abrigo, así como unos camastros y literas en el desván para unir a sus limitadas plazas de alojamiento. El buen escocés era un hombre complaciente y cordial.

El piloto, negándose a tomar nada, salió del comedor, huraño y sombrío, desapareciendo en el corredor. Me volví. El doctor Frankenstein había estado presenciando *la* escena, con expresión tensa, como si algo de todo aquello fuera con él. No pude evitar una ojeada de soslayo a la larga y misteriosa caja plástica. Los marinos daneses la habían dejado sobre un largo banco de madera en el fondo del comedor. Vi pestañear a Frankenstein.

—Juraría que aquí sucede algo raro —comenté al oído de Suzette —. Pero no sé el qué…

Ella me miró vivamente, con gesto de extrañeza. Oprimí alentadoramente su hombro y la conduje a la mesa donde esperaban las bebidas. Ella eligió un brandy caliente. Yo, un doble whisky. Después de ingerirlos, nos sentimos mejor.

El fondista nos sirvió más tarde algunos alimentos, improvisando una cena reparadora para todos nosotros. Nos dio una mala noticia:

—El teléfono está totalmente averiado a causa del temporal, sin duda. Tenemos un radiotelegrafista aficionado, el que conecta con las estaciones pesqueras para comunicarse. Pero está en Aberdeen, donde le han intervenido quirúrgicamente, y su hermano es un desastre. Estropeó el otro día el emisor y estamos esperando a que él regrese para repararlo…

—De modo que estamos incomunicados con el mundo exterior —comenté.

—Algo así —sonrió, encogiéndose de hombros—. Pero no teman. Es cosa de poco tiempo. En cuanto amaine el temporal, cualquiera de nosotros puede acercarse a otra isla y utilizar la radio de allí. Los

guardacostas les vendrán a recoger enseguida.

—Ese temporal durará cuando menos dos días más —señaló sordamente el capitán Kohlen—. Serán dos días de aislamiento.

—Quizá. Suelen durar mucho esta clase de temporales, es cierto. Pero no tienen de qué preocuparse, salvo por informar a sus familias. Si su barco puede repararse, nadie vendrá a llevárselo de los arrecifes. Y ustedes tienen aquí techo y hogar hasta que esto termine.

La gente de mar nos tenemos que ayudar todos unos a otros, capitán.

—Es muy amable, señor…

—McDavis —dijo el fondista, sonriendo—, Trevor McDavis, capitán.

—No sé cómo agradecerle cuanto está haciendo por mí, por mis hombres y por estos tres pasajeros de mi barco…

—No hable de ello —le detuvo el escocés con un ademán—. Un barco de su país salvó una vez a quince pescadores escoceses. Y les alojó y cuidó como si fuesen hermanos. Son cosas del mar y de sus hombres. Todos debemos unimos en casos así.

Los dos hombres se apretaron con fuerza las manos. De pronto, me sobresaltó la voz suave de Viktor Frankenstein, a mí lado, expresándose en su suave inglés de leve acento extranjero:

—¿Sabe de lo que hablaron antes el capitán y su piloto, Garfield?

—No —me volví vivamente—. No entiendo en absoluto el danés. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada. Me interesaba saber el tema de su disputa, eso es todo.

—Puede preguntarle a él. O al contramaestre Liedholm.

—Prefiero no mostrar demasiado interés. De todos modos, algo imagino.

—Yo también —asentí.

Nos miramos los dos, significativamente. Vi que humedecía sus labios lentamente. Los ojos azules brillaban de un modo peculiar.

—¿Qué está pensando? —me preguntó.

—Quizá lo mismo que usted. Hay algo raro en este naufragio, ¿no cree?

Parpadeó. Vi tensarse los músculos de su cuello y rostro.

—Sí —admitió. No quiso decir más. Luego, me hizo una pregunta imprevisible—: ¿Qué miraba usted antes con los prismáticos del contramaestre?

—Oh, ¿eso? —sonreí—. El castillo del promontorio.

—¿Es realmente un castillo?

—Lo finge. Es un edificio moderno. Quizá de este mismo siglo.

Había luz.

—De modo que está habitado. Una edificación caprichosa, ¿no?

—Eso parece.

—¿Quién podrá habitarlo?

—Sé tanto como usted. ¿Le interesa la cuestión, doctor?

—No lo sé aún —se encogió de hombros. Las llamas del hogar se reflejaban en sus azules pupilas con rara limpieza y nitidez, como en dos espejos profundos—. Pero lo averiguaré. Existe un medio simple para ello… Señor McDavis.

—¿Sí? —el fondista se volvió hacia él, curioso.

—¿Podría decirme quién se aloja en ese castillo del promontorio?

—Oh, ¿la casa del promontorio? —sonrió el escocés—. No es un castillo. Se hizo a su estilo, por gusto de sus propietarios, eso es todo. Sí, lo ocupa una dama.

—¿Una dama? —repetí, pestañeando, mientras Frankenstein me dirigía vina rápida ojeada de soslayo.

—Eso es. Una extranjera, la baronesa Von Halen. Creo que es alemana o algo así.

—¿Qué hace una dama extrajera en un pueblo de pescadores alejado del resto del mundo? —se interesó Frankenstein, curioso.

—No lo sé. Parece ser una mujer caprichosa. Le gusta la soledad, el aislamiento. Rara vez baja al pueblo. Las provisiones las compra su secretario, el señor Cortland. El sí es inglés. Y también sus criados, Evelyn Gordon y Ralph Linton.

—¿Vive sola con el secretario y los dos criados? —puntualicé.

—Vivía. Al menos, hasta ahora —nos estudió intrigado.

—¿Hasta ahora? ¿Qué significa eso? —quiso saber Frankenstein.

—Bueno, hasta que llegó su invitado, el huésped del castillo. Un caballero también extranjero. Sólo sé de él que se llama Eric. Llegó en un yate, pero apenas si llegamos a verle. Vestía de oscuro y escondía su rostro lo más posible. La misma noche de su llegada subió al promontorio y se quedó allí. El señor Cortland había bajado a recibirle. De eso hará dos o tres semanas. Supongo que allí seguirá. Al menos, nadie le ha visto salir… Pero ¿por qué se interesan ustedes tanto por esa gente del promontorio?

—Oh, por nada —sonrió evasivamente el médico suizo—. Siempre he sido muy curioso.

Me gusta conocer a fondo a las gentes del lugar donde me encuentro. Es una costumbre mía, señor McDavis. Gracias por todo.

Se alejó de nosotros. El fondista, sin dar más importancia al hecho, volvió a la cocina para preparamos la cena improvisada. Suzette y yo nos sentamos cerca del fuego. El resplandor de las llamas, daba una aureola centelleante a su rostro, enmarcado por los rojos cabellos.

Estaba realmente atractiva.

—Ese hombre, ¿se llama realmente como dicen? —musitó ella de pronto.

La miré. Sabía por dónde iba.

—¿Frankenstein? —sonreí asintiendo—. Sí, se llama así.

—Pero usted sabe que hubo un Frankenstein que…

—Claro que lo sé. Es descendiente del mismo. Sexta generación, creo.

—¿Existió, realmente… el monstruo? —hubo un temblor en las pupilas de ella.

—Tal vez —me encogí de hombros, sin poder evitar una mirada a la caja rectangular, gris, hermética, silenciosa—. Eso no lo sabe ni él mismo, al parecer. Eran otras épocas. Los científicos estaban considerados como locos peligrosos, Suzette.

—El doctor es un hombre correcto, educado, elegante… Todo un caballero.

—En efecto, así es. Y juraría que está asustado.

—¿Asustado? —la muchacha enarcó sus cejas color cobre—. ¿Por qué?

—No lo sé. En el barco parecía tan seguro de sí mismo… Y de repente, todo cambia en él. Está preocupado, temeroso. Desconfía de todo, incluso del naufragio en sí. Le preocupa la gente de ese falso castillo, no sé por qué…

—Usted también parecía muy interesado en ellos.

—Confieso que sí —reí de buena gana—. No se le va detalle, ¿eh?

Suzette no dijo nada de momento. Luego, bajó la cabeza y miró a las llamas que lamían los troncos, como si ese espectáculo fuese lo más maravilloso del mundo. De repente, me sorprendió con un comentario en voz baja:

—Yo… yo *sé* danés, Steve. Entendí lo que decían el capitán y el piloto… El capitán Kohlen acusaba a Johansen de haber provocado intencionadamente este naufragio. Dijo que iba a hacerle procesar por ello cuando regresaran a Copenhague. Que sabía que alguien le había pagado para que provocase la catástrofe, conduciendo el barco *precisamente* a este islote… y que tenía pruebas de ello.

Capítulo IV

Había sido toda una noticia.

Una cosa es tener sospechas, sentir recelos. Otra muy distinta, confirmarlo, tener la seguridad de que ha habido negligencia criminal en un hecho así. Una negligencia intencionada. En suma: un delito grave.

La sorpresa de que Suzette conociera la lengua danesa, sólo pudo ser superada por su información. Ella, que parecía tan ajena a todo lo que la rodeaba, era la que mejor se había enterado de lo sucedido.

Pero había unas determinadas frases pronunciadas por el capitán Kohlen que me llenaban de estupor: el piloto Johansen había provocado la catástrofe, según él, «conduciendo el barco precisamente a este islote, y él tenía pruebas de lo que afirmaba.

De que alguien le había pagado por ello…»

Era una acusación muy seria. Implicaba unas posibilidades atroces. —

¿Quién podía tener interés en conducir al *Hans Christian Andersen* a estas costas y estrellarlo allí, poniendo en peligro a toda su tripulación y pasaje?

¿Quién ganaba algo con ese siniestro, y por qué elegir, precisamente, como dijera el capitán, este islote de Dunsay, en el norte de Escocia, lejos de todo lugar frecuentado?

Recordé que el piloto Johansen había abandonado el comedor, tras la disputa con su superior. No había vuelto a verle desde entonces. Salí al corredor de la fonda, pero tampoco vi rastro de él. Subí a la planta alta. Recorrí una serie de habitaciones de techos, suelos y paredes de madera, donde las camas, limpias y pulcras, esperaban a nuestros cansados cuerpos. En ninguna de esas estancias se hallaba Johansen. Subí aún un último tramo de escaleras, hasta el amplio desván, que la señora McDavis habilitara para el resto de sus huéspedes. Literas y camastros, con ropas limpias, se alineaban a ambos lados. Todo desierto. El piloto danés no se había retirado a descansar.

Regresé abajo. McDavis estaba ya empezando a servir la cena, acompañado de su mujer. Dudé. Luego, me encaminé a la entrada de la fonda.

Allá fuera, aullaba el viento furiosamente, agitando el anuncio metálico de la posada. Ráfagas de lluvia me golpearon con fuerza apenas asomé al exterior. Frente a las edificaciones del pueblecillo

pescador, el negro oleaje, la noche sombría y hostil, formaban un cúmulo de sombras insondables.

Iba a regresar al confortable interior de la fonda, cuando le vi allí, a poca distancia.

Era Johansen, el piloto. Su cabello rubio, casi blanco, su gran estatura, sus ropas azules, eran inconfundibles. Me quedé mirándole, sorprendido.

Estaba erguido junto al embarcadero, como contemplando el mar, y la gorra había huido de su cabeza, sin que él pensara en recuperarla, inmóvil y rígido ante el mar rugiente.

Temí que la disputa con el capitán impulsara al piloto a una decisión desesperada. Y corrí hacia él, enfrentándome a los furiosos elementos desencadenados. El viento y la lluvia me zarandearon despiadadamente. Antes de llegar a él, un objeto redondo y oscuro golpeó mis pies. Me incliné a recogerlo. Era la gorra de Johansen. Estaba empapada. Pero las escasas luces me revelaron que, además de agua, algo oscuro mojaba el recio paño, humedeciendo mis dedos. Los miré.

También se habían teñido de oscuro, de un color que no podía distinguir en la oscura noche, pero que tenía la viscosidad y consistencia de la sangre.

Sentí que se erizaban mis cabellos, y no por el frío reinante. Alcancé a Johansen, erguido e inmóvil ante el mar. Entonces descubrí que no había ráfaga de viento ni ramalazo de lluvia capaz de moverle de allí.

El corpachón estaba atado a un poste de madera del embarcadero. En pie, como si gozara de su equilibrio. No era así.

Con horror descubrí que la lluvia corría sobre su rostro y cuello, oscurecida con la mezcla de algo pegajoso y denso. Moví la rubia cabeza. El rostro era una pétrea máscara blanca, de ojos desorbitados y boca convulsa. Cayó hacia mí.

Era espantoso.

Algo incisivo había rebanado su nuca y parte de su cuero cabelludo hasta el occipital desgarrando su piel, su cabello, su carne. La sangre había brotado torrencialmente, formando un negro charco entre sus pies, sobre las tablas del embarcadero.

El piloto Johansen ya no tenía nada que temer a los tribunales de Marina de su país. Estaba muerto y bien muerto.

Sentí las pisadas de alguien a mis espaldas. Me volví con un escalofrío temiendo ser agredido por el mismo que asesinó de modo tan horrible al piloto danés.

Estaba él allí. Erguido, rígido, inmóvil. Pero éste estaba lleno de vida. Pálido, con sus azules ojos clavados en el cadáver, y luego en mí.

Despeinado, empapado de lluvia, arrugándose su elegante temo gris bajo el temporal.

—Muerto, ¿verdad? —jadeó Viktor Frankenstein con voz ronca—. Asesinado…

—Sí, eso parece, doctor —asentí mostrándole la gorra manchada de sangre—. ¿Qué hace usted aquí?

—Lo mismo que usted. Tuvimos la misma idea, Garfield… —luego, me señaló hacia el promontorio sur, a través de las sombras de la tétrica noche—. Vi huir a alguien. Una sombra furtiva, muy rápida… Se iba en esa dirección. Desapareció enseguida en las sombras…

Miré al promontorio, a los riscos situados al pie, a la espesura que crecía en la ladera, hasta terminar en las almenas y torres del falso castillo. Moví la cabeza, sombríamente.

—Vámonos —dije—. Ya nada hacemos aquí. Los demás deben saber esto, doctor…

Asintió. Regresamos, con paso rápido, taciturnos y en silencio. Volví a mirar en la dirección que dijera el doctor. No vi a nadie. Tal vez lo había imaginado. O tal vez no.

Entramos en la fonda. Al vemos llegar, empapados de lluvia, todos mostraron su asombro. El capitán Kohlen vino a mí encuentro.

—No debió salir, Garfield —me reprochó—. Usted estaba enfermo…

—Lo siento —le tendí la gorra—. Tenía que hacerlo. Algo me decía que era preciso hallar cuanto antes al piloto Johansen.

—¿Qué… qué quiere decir? —jadeó Kohlen, mirándome perplejo, mientras tomaba entre sus fuertes dedos la gorra—. ¿Le sucede algo a ese loco?

—Está muerto —dije, escueto—. Le asesinaron en el embarcadero. Le cortaron el cuello y el cuero cabelludo por la espalda con algún cuchillo muy afilado… Luego, le ataron a un poste.

Hubo un grito de horror de McDavis. Suzette se incorporó, muy pálida. Los marinos daneses, con la excepción del contramaestre Liedholm, que entendía el inglés, se miraron entre sí, sin entender palabra.

—¡No es posible! —gimió el fondista escocés— ¡Este es un lugar tranquilo!

—Pues no lo parece —dije escuetamente—. El doctor ha visto lo mismo que yo.

Asintió, grave el gesto, Viktor Frankenstein. Seguía muy pálido. Estaba seguro de que ahora sentía realmente miedo. Miedo a algo, a alguien…

—Señores, tengo motivos para sospechar que alguien se deshizo de su piloto por razones que pueden estar relacionadas con mi persona

y…

El doctor Frankenstein se interrumpió en sus palabras, cuando las luces descendieron bruscamente, dejándonos casi a oscuras durante unos segundos, para después recuperar su normalidad en una nueva subida.

—¿Qué significa eso? —pregunté, alarmado, mirando a McDavis.

—Nunca había ocurrido aquí, hasta que…

—¿Hasta cuándo, señor McDavis? —se interesó vivamente Frankenstein, tras cambiar una mirada conmigo.

—Bueno, hasta que… hasta que esa gente del promontorio, la baronesa y los demás, se aposentaron en esa finca. Desde entonces, con cierta frecuencia, las luces dan ese bajón. Han traído a la isla mercancías eléctricas, eso me lo dijeron en ocasiones. No sé lo que harán allá arriba, pero sin duda ellos provocan el descenso del voltaje en la isla. Por cierto que ya no sucedía durante un largo período de tiempo… hasta que ese tal Eric llegó. Y ahora ocurre con más frecuencia que nunca, como si estuvieran haciendo algo raro allá arriba. La gente, a veces, tiene miedo de todo ello, aunque nadie sabe concretamente por qué…

—Dios mío… —oí musitar a Viktor Frankenstein VI, con tono angustiado—. Dios mío… Todos mis temores se cumplen…

No dijo más. Pero yo había empezado a hacer mis propias reflexiones, y estaba seguro de comprenderle. Esto, unido a la extraña muerte del piloto Johansen, al naufragio inexplicable y todo lo demás, empezaba a tener una cierta lógica siniestra.

Por si hubiese alguna duda al respecto, los dedos del doctor Frankenstein se clavaron en mi brazo, excitados, un momento más tarde. Y me confesó con voz ronca, insegura:

—Me temo que estamos en peligro todos nosotros. *Todos*, ¿lo entiende, Garfield?

—Sí —asentí, mirándole primero a él y luego a la larga caja gris—. Lo entiendo. Sobre todo, si lo que viaja en ese embalaje es lo que yo imagino…

Inesperadamente, asintió con la cabeza. Sus ojos tenían una fría resolución.

—En efecto, amigo mío —confesó roncamente—. Es lo que usted imagina. Y eso es lo que más me asusta…

_Me estremecí. Como hipnotizado seguía mirando la caja gris, de material plástico, trasladada desde Kronshtadt, en Rusia, hasta este islote, a bordo de un barco carguero danés, extrañamente naufragado.

Ahora lo sabía. El propio doctor lo había confesado.

Ahora sabía lo que viajaba dentro de aquel embalaje.

Era él.

El.

El monstruo de Frankenstein.

* * *

—El monstruo… Existe, por tanto.

—Sí, Garfield. Existe. Existió siempre.

—Entonces, el relato es auténtico…

—No del todo. Pero alguien, quizá mi propio antepasado, conoció por entonces a Mary W. Shelley. Le relató su triste historia, y ella la noveló. Por entonces, tal vez ya había perdido definitivamente a su criatura en las regiones heladas. Y allí se quedó durante más de siglo y medio, esperando…

—¿Usted fue en su busca?

—Sí. He sido el primer Frankenstein que decidió romper con los tabúes y los prejuicios de un pasado tenebroso. No me asustó la idea de enfrentarme con la creación de mi antecesor. Por espantosa que fuese, si aún existía, debía de ser estudiada, analizada a la luz de los modernos adelantos científicos. Mostrar a la gente que una criatura horriblemente fea y deforme no tiene que ser, necesariamente, perversa. Que el monstruo fue, en su tiempo, víctima más que verdugo. Que si hizo sufrir, más sufrió él. Y que de nada tuvo culpa. Los tiempos han cambiado, la gente ya no es aquella de entonces… La ciencia ha superado limitaciones. Podría ser un hallazgo sensacional. Intenté dar con él, siguiendo viejos documentos de mis antecesores, así como la propia obra escrita con la historia de mi antepasado, el primer doctor Viktor Frankenstein.

—Y lo encontró…

—Sí —los azules ojos brillaron con un inevitable orgullo—. Lo encontré, Garfield. Lo encontré donde imaginaba que estaría, si no se había deteriorado irreversiblemente o si no había desaparecido para siempre: entre los hielos, congelado entre bloques de hielo eterno, convertido en una extraña estatua inanimada, de horrible fealdad.

—Y lo ha traído consigo…

—En efecto. Llevaba el embalaje adecuado. Una cámara hermética, de material plástico antitérmico, con una cámara estanco al vacío y un sistema de congelación automática que funciona en su interior. Todo ello bastará para conservarlo con la temperatura adecuada para que no sufra deterioros irreparables.

—Cielos… —tragué saliva—. Pensar que el monstruo, en estos momentos… está aquí, bajo este mismo techo, junto a nosotros…

—Así es. Aquí está, Garfield. Y no puede hacer daño a nadie. Ni lo hará jamás, porque, lo que pretendo es una simple obra científica que

rehabilite el pasado de mi familia y rompa el mito del horror y de la muerte que pesa sobre mi nombre y sobre la obra de mi antecesor.

—¿Cree poderlo conseguir?

—Estoy seguro de ello —suspiró Frankenstein, sentado en la cama gemela a la mía, en la habitación que compartíamos en la fonda de Dunsay Island—. Pero para ello necesito llegar a un lugar seguro con mi carga, usted lo sabe.

—¿Este no lo es?

—No. No puede serlo. Lo intuí enseguida. Ese naufragio… no podía ser casual.

—¿Sigue pensando en un sabotaje a bordo?

—Estoy seguro. Como lo está el capitán Kohlen. Él es un experto marino. Sabe que un hombre ducho en su tarea como Johansen nunca embarrancaría en los arrecifes de unas islas cuya situación conocía perfectamente.

—Por tanto, usted cree esa acusación: Johansen fue sobornado.

—Sí. Le pagaron para que provocase el naufragio.

—Mucho debió cobrar para hacer algo así.

—Hay gente que no dudaría en exponer una fortuna con tal de obtener algo como el monstruo de Frankenstein.

—Y el naufragio tenía que ser precisamente *aquí*.

—Eso es. En Dunsay Island. Usted sabe por qué.

—¿La baronesa Von Halen?

—Exacto. El castillo del promontorio.

—Entiendo lo que piensa. Yo también lo he pensado: energía eléctrica, descenso del voltaje local… Experimentos eléctricos. Pruebas, antes de la gran experiencia: ¡resucitar de nuevo al monstruo!

—Sí, Garfield. Suena a melodramático, a absurdo. Pero es así.

—Y quien debía pagar a Johansen por esa tarea… le mató luego.

—Una vez hecho el trabajo, Johansen les estorbaba. El mejor procedimiento era pagarle con la muerte. Y así lo hizo alguien de ese promontorio maldito.

—Pero usted debía de tener algún motivo para sospechar, cuando iba a bordo del barco danés…

—Sí —confesó el doctor suizo—. Tenía mis motivos. Ya en Kronshtadt noté que me vigilaba alguien. Me vieron tomar ese barco. Debieron adoptar sus medidas y esperar los resultados.

—¿Quiénes son sus enemigos?

—No lo sé. Nunca oí hablar, antes de ahora, de esa baronesa Von Halen ni de ningún Eric o Cortland, amigo mío. La gente del castillo, con tales nombres, me es perfectamente desconocida. Pero mi nombre

no le es desconocido a nadie. Debieron conocer mi proyecto de alguna forma. Sabían que tendría éxito, y me vigilaron. Una vez obtuve a la criatura, actuaron. Ahora estamos aquí, aislados del mundo exterior, sin embarcaciones que puedan aproximarse a la costa, sin teléfono ni radio… y con alguien dispuesto a todo con tal de conseguir lo que yo llevo conmigo. A cualquier precio. La muerte brutal del piloto nos lo prueba así.

—¿Por eso ha pedido al capitán Kohlen que dos de sus hombres vigilen toda la noche su embalaje, turnándose cada dos horas?

—Era necesario, compréndalo. Estoy dispuesto, si es preciso, a entregar el monstruo a las autoridades inglesas. Pero nunca a otras personas, que pudieran utilizar la obra de mi antepasado en beneficio suyo.

—¿Cree que en nuestros tiempos sería un verdadero peligro para la Humanidad un ser como ese monstruo? —dudé.

—Tal vez no. Pero lo cierto es que ignoramos realmente cuál es el alcance cierto de la obra de mi antecesor. No sabemos de lo que puede ser capaz su creación. Y lo que yo quiero es rehabilitar mi nombre y demostrar que un aparente monstruo puede ser una criatura dócil y bondadosa, y que el mal y la violencia están en los demás. Si fracaso en ese empeño, todo será mucho peor aún.

—Le entiendo, doctor —asentí con un suspiro—. Me gustaría ayudarle de alguna forma, pero… ¿qué puedo hacer yo frente a gentes capaces de llegar al crimen y de provocar naufragios con el solo objeto de apoderarse del monstruo?

—Sí, Garfield. Es el mismo caso de todos nosotros. Me gustaría ver una forma de salir de este islote lo antes posible, pero… —enmudeció, y escuchamos ambos el rugido del viento, el estruendo de la lluvia torrencial, el crujido de los postigos de la fonda, movidos por el huracán—. Ya oye eso. No podemos hacer nada. Sólo esperar…

Se acostó, sin añadir más. Yo le imité, mientras pensaba en la mítica figura encerrada en la caja gris, en el monstruo legendario, de fealdad aterradora, de monstruosas dimensiones, de escalofriante apariencia. Un ser de pesadilla que estaba allí, bajo el mismo techo, conviviendo con nosotros, en su letargo de más de siglo y medio, conservado entre hielos, en estado criónico, a la espera de una posible resurrección.

Iba a apagar la luz cuando, de repente, el voltaje descendió de nuevo, hasta el punto de dejar tan sólo el brillo tenue del filamento de la bombilla, en la oscuridad total del dormitorio. Frankenstein maldijo entre dientes, en alemán.

Yo me erguí. Abajo oí un alarido estridente, aterrador.

Luego, un silencio de muerte.

Salté de la cama. Frankenstein me imitó, a la desesperada. Corrimos a la planta baja, al tiempo que otras muchas personas de la fonda lo hacían, atraídas por el alarido de horror que captáramos poco antes.

Nos esperaba una visión escalofriante.

En el comedor, alumbrado por las brasas de los rescoldos de la chimenea, se hallaban los dos marineros daneses que dejara de guardia el capitán Kohlen, junto a la larga caja gris del doctor Frankenstein.

Los dos yacían en el suelo. Uno de ellos de bruces. El otro, medio apoyado en un banco de madera. Nos inclinamos mientras la luz volvía a la fonda y contemplamos con horror la escena.

Ambos estaban muertos. Dos terribles cuchilladas, asestadas en su espalda brutalmente, habían atravesado su corazón partiéndolo sin remedio. Para ello, el asesino debió utilizar dos cuchillos, uno en cada mano, puesto que las empuñaduras asomaban en su espalda, hundida la hoja hasta la cruz, y la inclinación de cada una de las armas indicaba que un golpe fue dado con la zurda y el otro asestado con la diestra, simultáneamente quizá.

El asesino debía de ser el mismo que degolló bestialmente a Johansen. Un perfecto manipulador de arma blanca. Perfecto y despiadado.

—¡Mire, Garfield! —oí rugir a Frankenstein—. ¡La caja! ¡No está!

Era cierto. El embalaje gris había desaparecido de la mesa.

Y con él, su alucinante contenido: el monstruo de Frankenstein.

Corrimos hacia la salida, intentando evitar lo inevitable. Los marineros daneses nos siguieron a un gesto mío.

Alcanzamos el exterior, en medio del temporal de viento y lluvia. El mar rugía furiosamente frente a nosotros.

Era asombroso. No había nada ni nadie a la vista. Los asesinos de los dos marinos, sin duda ladrones también de la caja gris, no eran visibles por parte alguna.

Ni tampoco la caja de plástico. Era como si se los hubiese tragado la tierra. O el mar. Fuese como fuese, no se veía el menor rastro.

—No es posible… —oí jadear junto a mí, entre escalofríos, al fondista McDavis, cuyos ojos claros se fijaban con estupor en la vacía población—. No han tenido tiempo de escapar…

—Pienso igual —dije roncamente—. Pero lo cierto es que escaparon, amigo mío. Y llevándose esa caja con ellos…

Me volví hacia Frankenstein. Su rostro no podía estar ahora más lívido. Era la palidez de la muerte misma. A sus ojos, asomaba el horror, la angustia, la desesperación más absoluta.

—Dios mío, ¿y ahora qué? —le oí susurrar—. ¿Qué va a suceder

ahora?

Se me ocurrieron muchas respuestas a esa pregunta. Pero ninguna me gustó, la verdad.

Capítulo V

Ya nadie pensaba en dormir.

La noche se había echado a perder desde sus propios inicios. A la muerte violenta y terrible del piloto Johansen, se unía ahora el doble asesinato de los marineros daneses, junto a la desaparición del embalaje gris, con su fantástico contenido.

Viktor Frankenstein era una sombra de sí mismo. Se movía de un lado para otro, demudado, indeciso, ensombrecido. Como temiendo que todo aquello que ocurría en torno nuestro, con ser trágico, no era sino el principio de algo peor.

Al menos, eso era lo que yo estaba pensando. El capitán Kohlen acababa de manifestar con dureza, tras cubrir los cuerpos de sus hombres con sendas mantas:

—A este paso me voy a quedar sin tripulación, maldita sea. ¿En qué horrible agujero hemos ido a metemos?

McDavis, el fondista, se había limitado a comentar, con voz temblorosa, en la que se advertía el terror que a todos dominaban de una u otra forma:

—Aquí, en la isla, nadie tiene armas. No tenemos policía, ni siquiera una guardia municipal. Jamás sucedió algo parecido antes de ahora. Me pregunto… me pregunto qué va a suceder… En cuanto claree, iré en busca de los pescadores. Son los únicos que pueden ayudarnos de alguna forma…

Frankenstein le contempló con gesto taciturno, y respondió con amargo escepticismo:

—Gracias, amigo. Pero dudo mucho que sus vecinos puedan ayudarnos en nada. ¿Tiene usted algún arma a mano?

—¿Armas? —el escocés de las frondosas patillas hizo un gesto de estupor—. Cielos, claro que no. Si acaso, algún viejo fusil oxidado en el sótano, donde guardo el vino y el whisky… Iré a ver luego. Pero si quieren cuchillos, Sarah, mi mujer, les facilitará los que hay en la cocina. Siempre puede ser un medio de defensa contra un criminal…

—Quizá —admití, dubitativo—. Pero dentro de poco es posible que los cuchillos sean como simples juguetes, McDavis. Si ocurre lo que temo… estaremos tan indefensos como un puñado de niños.

Frankenstein me miró. Entendía lo que quería decir. También él se estremeció. Si el monstruo era revivido, ¿de qué nos serviría nada de nada? La criatura era capaz, por sí sola, de trituramos a la mayoría de los reunidos con escaso esfuerzo.

—Ustedes nos ocultan algo —manifestó de pronto el capitán Kohlen, mirándonos gravemente a Frankenstein y a mí—. Doctor, ¿qué contenía aquella caja?

—No lo creería si se lo digo —suspiró el médico suizo.

—Aun así, dígamelo. Recuerdo que llevaba el sello de las autoridades soviéticas, la autorización para salir de territorio ruso. Y que en su volante indicaba que el contenido del embalaje era material científico, pero eso es todo.

—El sello y la autorización estaban falsificados —confesó Frankenstein sordamente—. De otro modo, nunca me hubieran autorizado los rusos a sacar de su territorio el contenido de ese embalaje.

—¿Cómo? ¿Pretende decirme que engañó a las autoridades aduaneras soviéticas? —se asombró el capitán danés.

—Lo intenté y salió bien. Ya había hecho otros viajes similares. Nunca les mentí en esas ocasiones. Se confiaron con ello. Hicieron una inspección rutinaria al ver que traía las autorizaciones y sellos de altas autoridades científicas y militares soviéticas… sin advertir que esta vez eran una buena falsificación.

—Si llegan a descubrirlo…

—Nunca hubiera salido de allí —sonrió Frankenstein sombríamente—. Y quizá hubiera valido la pena. Esto de ahora es mucho peor…

—Acabemos de una vez —se irritó el marino—. ¿Qué diablos subió usted a bordo en esa caja y nos hizo bajar a tierra cuándo naufragamos? Me temo que ése fue el motivo por el que se vendió mi piloto a alguien, provocando el naufragio en la costa… De una vez por todas, doctor, ¿qué contenía esa caja?

Viktor Frankenstein vaciló. Luego, dijo sencillamente la verdad:

—Un monstruo, capitán. Un ser de dos metros y medio de altura, de fuerza incalculable, de poder devastador… Una criatura hecha con fragmentos de cadáveres… y dotada de un cerebro que, por error, fue el de un criminal, en vez del de un sabio. En suma, un ente monstruoso que, si es resucitado por procedimientos electrónicos, puede destruimos a todos. Y destruir toda esta isla…

—¿Qué… qué dice? —jadeó el marino palideciendo—. No es posible…

—Lo es, capitán —asentí, dando unos pasos hacia ellos—. El monstruo de Frankenstein. Lleva siglo y medio de letargo. Pero cualquiera, con los medios adecuados, puede devolverle a la vida. Tal vez alguien en esa casa del promontorio esté a punto de efectuar la hazaña científica para horror del mundo actual…

Anonadado, Kohlen cayó en un asiento meneando la cabeza

incrédulamente. El contramaestre Liedholm, perplejo, fumaba en silencio frente al fuego que Sarah McDavis había reactivado, en silencio, escuchando con despavorido gesto de terror supersticioso lo que Frankenstein y yo habíamos revelado. Suzette, callada, no hizo comentario alguno. Pero el miedo asomaba a sus bellos ojos, en tanto los daneses, ajenos a todo lo que no fuese la cruda realidad del asesinato de tres compañeros suyos, formaban grupos sombríos donde los cuchicheos se oían a flor de labios. También en ellos un pánico supersticioso empezaba a hacer fácil presa, aunque ignorasen el punto más inquietante de la historia que les tocaba vivir.

—Dios nos asista… —oí susurrar al capitán danés—. Es como una maldición… Estamos condenados, endemoniados… Nunca debí aceptarle a bordo, doctor. Ni a usted ni a su maldito monstruo…

—Lo siento, capitán —musitó Frankenstein—. De veras lo siento.

—Eso no arregla ya nada. ¿Qué puede suceder ahora aquí? ¿Dónde estará esa horrible criatura ahora?

—Eso no resulta difícil imaginarlo —sentencié.

—¿No? —Kohlen volvió hacia mí sus claros ojos nórdicos, fríos y meditativos—.

¿Dónde, señor Garfield?

—Arriba, en el promontorio —murmuré—. La casa en forma de castillo…

—¿Esa mujer, la baronesa…?

—Sí, es posible. Ella o ese hombre misterioso el tal Eric… Ellos esperaban la llegada de Viktor Frankenstein VI con su preciosa carga. Le vigilaron en la Unión Soviética, sabían lo que pretendía… Compraron al piloto Johansen, le hicieron desviar el buque hacia estas costas, aprovechar la tempestad… Así tenían al alcance de su mano la anhelada presa: el monstruo… De no haber surgido este temporal, hubiesen utilizado otro recurso… Lo importante era traer a la isla el cuerpo del coloso congelado en los hielos siberianos.

—¿Y después… darle vida? —susurró Suzette ahora, angustiada.

—Sí —la miré—. Desgraciadamente, ésa creo que es su idea…

Avanzaba la madrugada, fría, húmeda e inclemente. Nadie se movía del comedor, como temiendo hallarse a solas en alguna otra estancia, a merced del asesino de los cuchillos. Solamente los McDavis, por la fuerza de la costumbre, entraban y salían, iban y venían de la cocina, pero con el mismo rostro demudado y medroso de todos los demás.

—De todos modos hay que hacer algo —dije de repente poniéndome en pie.

Todos me miraron, asombrados. Como si me hubiera vuelto loco.

—Hacer ¿que, Garfield? —me preguntó Frankenstein, decaído.

—Lo que sea. Cualquier cosa, menos quedamos aquí, cruzados de brazos, esperando lo peor. Si unos criminales resucitan al monstruo y controlan sus actos, seremos fácil presa suya, sin que nadie pueda salvar nuestras vidas. Es preciso evitar que eso ocurra.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cómo hacerlo?

—Tengo una idea —dije escuetamente—. Y voy a ponerla en práctica.

—¿Usted? —se sorprendió Frankenstein—. Deje que sea yo quien lo haga.

—Tal vez no podría. Le conocen. Saben que usted es el doctor Frankenstein. A mí, en cambio, es posible que nadie me conozca. Que pueda engañar a alguien…

—¿A quién?

—Eso es asunto mío, doctor —caminé hacia la salida—. Si no he regresado al amanecer, es posible que ya no lo haga nunca.

—No haga ninguna locura —me recomendó el capitán Kohlen—. Es mejor que actuemos todos unidos, Garfield.

—Quizá. Pero en este asunto hace falta audacia antes de que sea demasiado tarde.

Dejen que intente hacer las cosas a mí modo.

—¿Usted solo? —insistió Frankenstein, entornando sus azules ojos.

—Sí —asentí—. Yo solo. No puede ser de otro modo.

—Steve… —ella me aferró por un brazo, casi patética—. Steve, ¿no le podré convencer para que no haga lo que piensa?

—No —sonreí—. Creo que es lo mejor para todos.

Apreté con calor sus manos. Ella me miró largamente. Luego, se aproximó impulsiva. Me besó. En los labios. Sentí un escalofrío. Cuando retiró de mi boca sus carnosos labios húmedos, respiré hondo.

—Gracias, Suzette —dije—. Eso me hará desear el regreso todavía más…

—Cuídese —me rogó.

—Lo haré, palabra —asentí.

Luego caminé rápidamente hacia la salida. Todavía, Frankenstein salió tras de mí con rápida zancada. Me miró mientras tomaba de una percha un capote de lona impermeable color amarillo y un gorro o caperuza de igual material, con los que me cubrí.

—Imagino adónde va —dijo.

—Sí, lo supongo —admití.

—Tenga mucho cuidado, Garfield. Podrían asesinarle como a los otros.

—Intentaré que ello no suceda.

—Insisto en que debería de ir yo.

—Sabe que no sería inteligente. Ellos deben conocerle, seguro. De otro modo, nada de esto sucedería. En cambio, yo soy un perfecto desconocido.

—Pero saben que ha venido con nosotros, seguro.

—No importa. Ellos ignoran cómo soy yo, quién soy exactamente… Esa es la baza que pienso jugar, doctor. Ahora, hasta pronto… o hasta nunca.

—Adiós, Garfield. Y suerte —Frankenstein me tendió una mano abierta y leal, que apreté con fuerza.

Sonreí, con cierta ironía. Me hundí en el exterior, bajo el aguacero y el vendaval, que agitaron violentamente mis prendas impermeables. Luego, eché a andar pegado a los edificios. Hacia el promontorio sur.

Hacia la residencia-castillo de la baronesa Von Halen. Ese era mi objetivo. Quizá mi mausoleo futuro.

* * *

—Soy Ralph Linton, el mayordomo de la señora baronesa. ¿Quién es usted?

—Un ciudadano inglés llamado Stuart Garfield. Deseo ver a la señora.

—¿A estas horas? ¿Se ha vuelto loco? —pestañeó el hombre somnoliento que acababa de abrirme el recio portón claveteado del fingido castillo—. Es plena madrugada, hace un tiempo infernal… ¿Cómo se le ocurrió subir al promontorio ahora? Naturalmente, la señora baronesa no va a recibirle ahora. Está descansando desde hace muchas horas.

—Sin embargo, es urgente que la vea —insistí, contemplando de reojo las sombrías profundidades de los bosquecillos situados en torno a la mansión, y que cubrían de espesura los altos peñascos asomados audazmente al mar, y a cuyo pie, a mucha distancia bajo aquel nivel, se estrellaban rugientes las olas furiosas.

—Lo siento, señor —negó rotundo el criado, disponiéndose a cerrar la puerta, tras asegurarse mejor el cordón de su albornoz—. Vuelva mañana, y tal vez… Aunque le adelanto que la señora baronesa no recibe visitas habitualmente.

—Yo no soy un habitante de Dunsay Island.

—¿No? —el criado me miró perplejo—. ¿Entonces quién es usted?

—Vengo de Londres. Soy escritor. Y conozco el secreto de Viktor Frankenstein. Y el del monstruo, naturalmente.

—¿Cómo, Linton? —sonó una fría voz varonil—. Deje que entre ese caballero.

—Pero señor Cortland, yo… —comenzó desorientado el sirviente,

volviéndose hacia el interior de la mansión, donde se había oído el leve chirrido de una puerta, y un rayo de luz dorada se deslizó, extendiéndose como una larga mancha por el suelo del vestíbulo en penumbras.

—Ya me ha oído, Linton —insistió la voz fríamente—. Deje que yo le reciba. Puede volver a acostarse.

En silencio, sumiso, el mayordomo asintió y, tras dirigir una ojeada recelosa y nada amable a mí persona, se perdió en el fondo del vestíbulo. Una figura nueva, alta y delgada, apareció ante mí. Este hombre, evidentemente, no salía de la cama. Iba totalmente vestido, con una indumentaria oscura, formada por un pantalón y un suéter de cuello alto. Era pálido, enjuto, de ojos oscuros y crespo cabello rizoso, muy brillante. Tenía una expresión dura y astuta. Podía tener cuarenta años o tal vez menos.

—Bien, ahora puede pasar. Dígame usted lo que ha venido a buscar a estas horas, señor…

—Garfield. Steve Garfield —dije, entrando en la casa—. Soy de Londres.

—Ya. Y no parece un pescador —me escudriñó, cerrando la puerta —. ¿Qué hace en esta isla alejada del mundo?

—Creí que lo sabía —sonreí—. El temporal me ha conducido aquí.

—Hemos visto desde la torre un buque escorado sobre los escollos. ¿Acaso usted viajaba en él? —se interesó mi anfitrión, indicándome una puerta lateral de madera oscura—. Pase, por favor. Estará más cómodo en la biblioteca. Es donde estaba trabajando cuando usted llamó…

Parecía cierto lo que decía. Entré en una cámara cuyos muros aparecían repletos de volúmenes alineados en estanterías también de madera. Un fuego alegre ardía en el hogar de piedra, difundiendo un grato calor por la estancia. El mobiliario era pesado y costoso, muy tradicional. El interior de la casa parecía haberse decorado para recordar también una residencia feudal o un viejo castillo restaurado.

Había libros abiertos, hojas de papel, una máquina de escribir y unas carpetas sobre una mesa, cerca del fuego. Nada realmente inquietante ni que pudiera ser relacionado con Frankenstein y su monstruo. Me mostré algo perplejo mientras me acomodaba en un diván forrado de piel negra.

—Sí —dije, respondiendo a su pregunta—. Viajaba en ese barco. Me salvé de milagro, como el resto de los tripulantes. Creí que ya sabría eso.

—¿Saberlo? —enarcó sus oscuras cejas con aire aturdido—. ¿Cómo podría saber uno nada, aquí metido? Ni siquiera me enteré del naufragio hasta que se había producido ya. Mi nombre es Hurd

Cortland y soy secretario y administrador de la baronesa Von Halen. ¿Usted, señor Garfield… a qué ha venido, exactamente?

—A ver a la baronesa.

—Sí, eso ya lo oí antes. ¿Pero qué desea de ella? ¿La conocía acaso?

—En absoluto —negué—. Nunca antes de ahora oí hablar de ella.

—¿Entonces…? —su perplejidad crecía de grado por momentos. Lo curioso es que parecía realmente sincero en su asombro, y eso me desconcertó un poco. También estaba *yo* algo desorientado ante la ausencia de tintes sombríos y lúgubres en el castillo del promontorio. Aquello no encajaba en una auténtica atmósfera de terror y de maldad como tenía que ser la que rodeara a un monstruo como aquél y a una serie de horribles crímenes.

—Sé que les interesa algo que iba en ese barco. Y sé que deben poseerlo ya en estos momentos.

—Le confieso que no sé de qué me habla, señor Garfield.

—Del monstruo —dije fríamente.

Levantó los ojos, mirándome en silencio, con rara gelidez. Mantuve mi rostro inmutable, sereno, sin revelar emoción alguna. Esperé sus palabras. Cuando éstas llegaron, me sonaron tan frías e impersonales como si nada de todo aquello le interesara lo más mínimo:

—Supongo que no habrá subido hasta aquí, con este tiempo, para bromear…

—Nada de eso. Usted sabe que Viktor Frankenstein viajaba en ese barco con su criatura. A estas horas, está sin duda en sus manos. Me refiero al monstruo, naturalmente. Tienen la idea de hacerlo resucitar. Pero quizá fracasen, y saben que corren ese riesgo. Entonces, fuera de su cámara de frío, puede descomponerse de modo definitivo… y adiós el sueño de su vida. Se habrá perdido para siempre la esperanza de alcanzar el gran triunfo científico de todos los tiempos: revivir al fabuloso monstruo de Frankenstein.

—Señor Garfield, no sé si es usted un loco o un hombre equivocado por completo, pero le confieso que ni la baronesa ni yo tenemos el menor interés en esas fantasías literarias del siglo pasado. Será mejor que me deje continuar mi trabajo, y usted regrese a descansar, que parece ser lo que necesita…

—Yo poseo el gran secreto de Viktor Frankenstein VI —dije fríamente, sin moverme—. El me lo confió, temeroso de que le fuese robado, y ahora soy su dueño. Por medio de ese secreto científico, pueden devolver la vida al monstruo en cuestión de instantes. He venido a vendérselo, aunque naturalmente no lo llevo conmigo por una elemental regla de previsión. Mi vida es la mejor garantía de que existe, y lo tengo a salvo en un determinado lugar. ¿Cuánto están

dispuestos a pagar por el medio de triunfar en su empeño fácilmente, sin fracaso posible, señor Cortland?

Sin expresar nada, Hurd Cortland se limitó a indicarme la salida con frío gesto. Su rostro era una máscara de disgusto y contrariedad.

—Por favor, señor Garfield. Está usted empezando a irritarme con esas tonterías. Si no se va, llamaré a Linton para que me ayude a echarle de aquí. Es más fuerte de lo que cree.

—Muy bien —suspiré, encogiéndome de hombros—. Será quizá un buen jugador de póquer, señor Cortland, pero no me engaña a mí. Sé que el asunto le interesa. Estaré en el pueblo si me necesita. En la fonda de los McDavis. Buenas noches.

Ahora era yo quien estaba intentando jugar mis bazas con un «farol». No sabía que le interesara mi proposición, ni siquiera que la entendiera. Su inexpresividad era total. Ni por un momento había revelado el menor interés por mi visita y sus motivos.

Defraudado, aunque sin demostrarlo, caminé hacia la salida. El mismo me abrió la puerta con total hostilidad. Ni me dio las buenas noches. La puerta se cerró tras de mí.

Me quedé parado, perplejo en medio del boscaje que rodeaba la casa del promontorio. La lluvia me azotaba despiadadamente, pero ni siquiera me enteraba de ello. El fracaso había sido total, y debía aceptarlo. O ellos no necesitaban a nadie para llevar adelante sus propósitos, o no querían revelar sus bazas.

Eché a andar, de regreso hacia la ladera abrupta que me conduciría a la playa y, por tanto, al pueblo de pescadores situado abajo, al borde del mar.

Entonces sucedió. Y no pude preverlo.

De los arbustos surgió alguien. Me golpeó violentamente en el cráneo, justo cuando yo notaba el rumor de hojarasca a mí espalda, pese al ruido constante de la lluvia. Me volví, pero era tarde.

El impacto cayó, demoledor, sobre mi nuca. Sentí que algo estallaba dentro de mi cráneo, con miles de lucecillas, y me hundí en la inconsciencia, notando vagamente que rodaba sobre los negros charcos de agua, hasta hundirme en una inconsciencia más negra todavía…

Capítulo VI

No conocía el lugar.

Ni esperaba conocerlo, naturalmente. Era un sitio oscuro y sombrío, que sí encajaba perfectamente con lo que uno podía esperar en una aventura semejante.

Pero lo cierto es que todo mi sentido habitual del humor me había abandonado de repente. Seguía doliéndome fuertemente la cabeza, allí donde recibiera el golpe, y además notaba mis manos aprisionadas por algo, sin duda unas ligaduras.

Todo ello, unido a lo que sucediera anteriormente en el pueblo de pescadores, no me hacía sentir demasiado optimismo respecto a mí futuro. Claro que yo mismo me lo había buscado, el jugar aquella absurda baza con la que había esperado desorientar a los habitantes de la mansión del promontorio.

Me incorporé, tratando de llevar mis manos atadas a la cabeza. Lo logré dificultosamente. Toqué algo húmedo y viscoso entre mis cabellos. El dolor se hizo más intenso.

—Maldita sea, me han herido —mascullé entre dientes—. Lo raro es que no me hayan rematado después. ¿Qué pensarán hacer ahora conmigo?

Fue como una respuesta a la pregunta que yo mismo me estaba haciendo y que, por supuesto, me veía imposibilitado de contestar.

Se abrió una puerta. Penetró una tira larga de luz en la estancia, revelando viejos muebles arrinconados, telas de araña y una serie de altos armarios situados allá al fondo.

Una persona apareció en el umbral de aquella puerta. Unos fríos ojos escudriñadores me estudiaron atentamente. Era una mujer.

—¿Ya se ha recuperado? —dijo una voz inexpresiva, profunda.

—Eso parece —gruñí—. ¿Dónde diablos estoy?

—Eso no debería importarle mucho. Al menos, está vivo. Ya es algo.

—Supongo que sí. ¿Usted es la baronesa?

—Acertó. La baronesa Von Halen. ¿Qué vino a hacer aquí, en esta isla?

—No vine. Me trajeron. Ahora debería de estar en Londres tranquilamente.

—Pero no está. Nunca debió venir.

—Ya es tarde para pensar en eso. De modo que al fin se ha quitado

la máscara del rostro, ¿no es cierto?

—¿Qué máscara? —preguntó ella ásperamente.

—Vamos, vamos —reí entre dientes, aunque maldita la gana que tenía de hacerlo—. No esperará que siga creyendo que no les interesa mi persona. Ese Cortland me engañó muy bien… ¿Fue usted la que me pegó?

—No. Fue Eric.

—¿Eric?

—Eric Drummond, sí. Llegará de un momento a otro.

—¿Por qué lo hicieron?

—¿Por qué vino usted a esas horas de la madrugada a importunamos, señor Garfield?

Quería verla, eso es todo.

—Bien. Ya me ve ahora. ¿Qué quería de mí?

—Ofrecerle algo.

—¿Qué, exactamente?

—El modo de resucitarle.

—¿Resucitar a quién?

—No trate de disimular. Ya no es hora de eso. Resucitar… al monstruo.

—El monstruo… —ella repitió la palabra lentamente.

Luego, asintió—. Sí, ya veo. ¿Y usted cree tener ese medio?

—No es que lo crea. Lo tengo.

—Según la leyenda, basta con energía eléctrica, aplicada sobre sus electrodos, para dar vida al monstruo.

—Eso fue la primera vez, baronesa. Dése cuenta que pasó siglo y medio empotrado en los hielos, en estado de hibernación. Ahora, las cosas ya no son igual.

—¿No? —me miró con cierto sarcasmo—. Por lo que podía ver, era una mujer de mediana edad, cabellos negros, largos y lisos, y una rara hermosura que tenía algo de siniestra, o a mí me lo parecía. Un largo vestido negro, de falda hasta cubrir sus pies, la hacía parecer más extraña e inquietante. Como un personaje de otra época. O como un vampiro—. ¿Y qué método es el que usted propone?

—Yo no lo propongo —rectifiqué—. Es idea y obra de otro Frankenstein. Yo soy su depositario ahora. Y lo tengo a salvo, en un buen escondrijo.

—Tal vez mienta.

—Tal vez —admití, cínico—. Pero ¿qué ganaría con ello? ¿Arriesgar mi propia vida estúpidamente, baronesa?

—Eso es cierto —admitió ella fríamente. Y se quedó meditativa, mirándome con expresión indecisa—. Bien, Eric decidirá.

—¿Es él quien decide?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Creí que era usted la dueña del castillo.

—Lo soy. Pero Eric resuelve. Es el que planeó todo. El que dispuso las cosas para que obtuviéramos ese ser que puede hacemos inmensamente ricos y poderosos. Ser dueños del monstruo de Frankenstein es un sueño imposible de muchos humanos. Para nosotros, será algo más que un sueño.

—Sí. Será un amargo despertar, y con un fétido olor, por añadidura —comenté—. ¿O cree que la carne de ese ser no se pudrirá, descomponiéndose horriblemente, cuando pase el efecto del frío y no vuelva a la vida?

—Es que volverá a la vida —aseguró ella, rotunda.

—Yo no estaría tan seguro. Ya le dije que necesita algo más que energía eléctrica.

—Eric es un experto. El domina también la electrónica. Las cosas han avanzado mucho desde aquellos tiempos. Será mucho más sencillo ahora dotar de vida a ese horror hecho de cadáveres troceados.

—De modo que no cree en lo que le digo.

—Ya le dije que Eric resolverá. Es asunto suyo. Yo sólo puedo escucharle, y nada más.

Algo dudaré al respecto, cuando he permitido que siga con vida. ¿Ustedes mataron a los demás? ¿Al piloto, a los marinos…? —Eric lo hizo —rió suavemente la baronesa—. Es un experto en matar. Veremos si también lo es en dar la vida… Posiblemente él resuelva eliminarle, Garfield. Lo sentiré, de veras. Usted es un tipo con atractivo físico, un animal erótico. Me hubiera gustado conocerle en otras circunstancias. Acostumbro a ser muy complaciente con quienes me atraen…

Diciendo esto, puso sus manos en mi pecho. Vi sus uñas largas y bien cuidadas, sus manos suaves y pálidas. Podían ser unas manos siniestras, pero me hicieron estremecer cuando se hundieron bajo mi camisa, hurgando mi vello sutilmente, y descendiendo, suaves y acariciadoras, hacia puntos más íntimos de mi persona, hasta provocar en mí una especie de descarga eléctrica, capaz de dotar de cien vidas al monstruo.

—Sí, me gustas… —musitó, melosa, pegándose a mí—. Eres todo un hombre… Lo siento, lo intuyo… Todo virilidad, muchacho…

Mis manos, aunque atadas, habían ido a caer sobre su regazo, y notaba las palpitaciones de sus muslos e ingles contra mis dedos. Luego, ella misma condujo con una de sus manos las mías hasta sus senos, bajo el tejido negro del largo traje.

Tenía unos pechos desnudos, rotundos y firmes, que palpitaron

bajo mi presión. Respiré hondo. Aun en aquella situación, una mujer era una mujer. Y la baronesa tenía toda clase de atributos femeninos generosamente dotados.

Ella empezaba a jadear, con una luz lúbrica en sus ojos, y no supe nunca en qué hubiera terminado la escena, porque en ese momento se oyeron pisadas en alguna parte, posiblemente descendiendo por una escalera, y una figura fornida emergió tras de ella, momentos más tarde, cuando ya la baronesa habíase apartado de mí, interrumpiendo los contactos voluptuosos entre ambos.

—¿Ya volvió en sí? —fue la ronca pregunta del hombre que, a contraluz, acababa de aparecer en el umbral, clavando en mí unos ojos que eran invisibles para mí, pero que intuí duros y fríos como diamantes.

—Sí, Eric —asintió ella, con tono glacial. Parecía mentira que ahora aquella mujer fuese hielo puro, y poco antes fuego abrasador—. Insiste en su historia.

—Tonterías —rió él duramente—. No le necesitamos para nada. Reactivaré a la criatura con descargas eléctricas y transistores aplicados a sus órganos vitales. — Los electrodos son algo ya superado. Funcionará mejor de modo cibernético. Y bastará una simple tarea de acoplamiento y substitución en el monstruo.

—El dice que, una vez fuera de su recipiente helado, puede descomponerse por efecto de la larga hibernación.

—No lo creo —rechazó Eric, cuya figura, no muy alta ni muy fuerte, se movió por la estancia en sombras—. Pero de todos modos, esperaremos.

—¿Sin matarle? —sonó la voz de ella con cierto matiz esperanzado.

—Eso es. Sin matarle. No quiero correr riesgos, aunque sé que no nos hará falta ese estúpido escritorzuelo barato. Pero el hecho de que se atreviera a visitar el castillo con esa pretensión, me hace temer que pueda haber algo de cierto en sus palabras. Sólo por eso, esperaremos a ejecutarle.

—Sí, Eric, como tú digas —asintió ella sin reflejar emoción alguna en su voz. Y me miró de soslayo, con ojos significativos, centelleantes —. Ahora, ¿qué vamos a hacer?

Intentarlo, por supuesto —declaró él—. Tal vez resulte. Trae al laboratorio a ese hombre. Quiero que vea el experimento, antes de morir. Al menos, no podrá decir que le privamos de semejante privilegio…

—Sí, Eric —asintió la baronesa, volviéndose hacia mí.

No podía incorporarme, porque tenía también atados los tobillos. Ella soltó esas ligaduras y, apoyando un cuchillo en mi cuello, me

invitó glacialmente:

—Vamos, camine, Garfield. No intente nada, o es hombre muerto.

Obedecí dócilmente. Caminé hacia la luz. Cuando entré, pese a que no era muy intensa, me hizo parpadear, deslumbrado.

Realmente, era como volver al pasado, al viejo relato de terror gótico. Aquél podía haber sido muy bien el laboratorio del propio doctor Frankenstein, en el siglo anterior. Electrodos, cables, instrumentos eléctricos, arcos voltaicos a punto, y toda una serie de ingenios adecuados. Pero también computadoras, mecanismos electrónicos y toda la moderna ciencia cibernética.

Un alto techo, unas simples troneras allá arriba, asomadas a algo oscuro e insondable, y un húmedo olor a ámbito cerrado y subterráneo. Un laboratorio secreto. Como en las malas películas de terror.

—¿Sorprendido? —comentó la baronesa, burlona.

—Un poco —asentí—. Esto vale mucho dinero.

—Más valdrán los resultados —replicó Eric con sequedad, moviéndose entre los aparatos—. Si el monstruo resucita, todo esto estará bien empleado.

No dije nada. Pero era evidente que manejaban dinero los que pretendían poseer al ser creado por Frankenstein. La baronesa me hizo sentar en una incómoda butaca de madera rígida, y me ató de nuevo los tobillos. Eric abrió una puerta. Sentí un escalofrío.

Allí estaba.

Vertical, rígida. La caja gris del doctor Frankenstein. El embalaje misterioso, con su fantástico contenido. Supe que iba a vivir un momento impresionante, increíble días antes.

Iba a ver al monstruo. Sería, junto con el doctor Viktor Frankenstein VI, uno de los primeros hombres en ver, cara a cara, a la criatura del horror.

Pese al peligro en que me encontraba inmerso, unas palpitaciones agitaron mis muñecas y mi corazón. Sentí que mis sienes golpeaban rítmicamente, y supe que todo mi cuerpo se crispaba, ante el gran momento.

—Primero probaremos eléctricamente —dijo Eric, paseando por entre sus aparatos con gesto pensativo—. Si no resulta, intentaremos los procedimientos electrónicos.

—Será inútil —traté de jugar fuerte—. Los dos métodos fallarán. Existe otro, el que yo conozco. Sólo ese resultará.

—Cállese —me cortó Eric rudamente—. Me está molestando.

—Garfield puede tener razón. Si la electricidad falla, aplicarle transistores y mecanismos electrónicos llevará tiempo. Puede descomponerse…

—No ocurrirá —rechazó Eric, con acritud—. Él está mintiendo. No existe ningún método concreto para volverle a la vida, estoy seguro.

—Bien, sabio —dije, irónico—. Veamos su prodigio.

Me fulminó con una mirada hosca. Se acercó a la caja gris. Mi excitación creció de grado. Accionó una serie de resortes cuidadosamente. La tapa gris fue separada de la caja.

Había una segunda tapa, ésta de zinc, con unos remaches laterales. También la manipuló Eric, con ayuda de la baronesa, logrando abrirla. Una tercera capa de material plástico, cubierto totalmente de hielo seco, humeante, emergió en su interior. Eric tomó aliento, mirando aquel recipiente con aire de veneración. La baronesa, impresionada, se echó atrás. Estaba muy pálida.

—Bien —oí murmurar a Eric—. Llegó el momento. Vamos a verle, al fin…

Me estremecí. Sí. Era un gran momento. Instantes más tarde, un horror sin límites surgiría ante nosotros. Después de siglo y medio, el monstruo volvería a la luz. La corriente eléctrica volvería a ser utilizada sobre su cuerpo. Y tal vez, para mi perdición, la cosa resultara bien.

La tapa plástica fue apartada lentamente, casi con solemnidad. Un vapor de hielo seco emergió de allí dentro, como una bruma maldita, liberada desde las mismas puertas del infierno.

Y entre ellas, la figura se perfiló. Se materializó la visión dantesca, aterradora.

Eric permaneció mudo, como hipnotizado. La baronesa lanzó un grito ronco. Yo noté que todo me daba vueltas.

Le vi. Estaba allí. Ante mí.

Era él. El monstruo.

El auténtico monstruo de Frankenstein…

Capítulo VII

El monstruo.

Al fin le veía. Cara a cara. Como en una visión alucinante. Como en una pesadilla imposible. Pero era realidad. El destino me había cruzado en su camino. Lo insólito, lo insospechado, se hacía certeza.

Era infinitamente peor que todo lo imaginado. La figura mítica del cine era de una sencillez pasmosa, al lado de… de «aquello».

Jamás criatura alguna fue tan espantosamente fea y deforme. Causaba horror su rostro lleno de costurones, lívido, grisáceo, como apergaminado, con cuencas oscuras para unos ojos vidriosos y fríos, bajo las cejas desiguales en una frente abombada, surcada de cicatrices horribles. El pelo pastoso, apelmazado y desigual. El cuerpo gigantesco, enorme, demoledor. Brazos largos, simiescos, con costuras y cicatrices en la piel momificada y lívida. Piernas interminables, con rodillas nudosas y torcidas.

Aquella cara larga, cosida, lívida y maligna, era la estampa misma del pánico y del pavor. Algo horrible y maligno escapaba de aquel pobre ser que nunca había pedido vivir, y al que los afanes de otros seres conducían a una vida que aborrecía, porque pese a todo, alguna vez había latido una sensibilidad en aquellos trozos de carne húmeda mal cosida y peor acoplada. El sueño loco de un cirujano y biólogo eminente, hecho materia. Un moderno Prometeo que había resultado un monstruo de fealdad física.

Pero el cerebro sentía y sufría cuando se le dotaba de vida. No quería hacer daño, y lo hacía. No quería matar, y fue un feroz asesino. No quería vivir, y tuvo que hacerlo arrastrándose penosamente entre el miedo, el horror y el odio de las gentes.

Allí, erguido, rígido dentro de la caja de humeante hielo seco, me causó una impresión espantosa. Cerré los ojos, pensando que al abrirlos todo aquello no existiría, y me encontraría en mi cama de Londres, despierto de un mal sueño.

Pero no era así. Al abrir de nuevo los párpados, seguí viendo al siniestro Eric, a la hermosa baronesa… y al monstruo.

Allí, en la caja, esperando algo. Tal vez la vida. Tal vez un fin definitivo, que le alejase de nuevas experiencias.

—Pronto, los cables —pidió Eric, inmutable—. Dámelos. Voy a intentarlo.

—Es… es horrible —jadeó ella—. ¿De veras crees que si resucita… podrás dominarlo?

—He hecho cosas más difíciles en mi vida. Esta criatura produce espanto, pero es como un triste autómata de poder insospechado. Obedecerá mis órdenes, eso es todo. Yo le habré dado la vida de nuevo, y él me obedecerá. Yo no cometeré errores, como los cometió su creador.

—Tal vez el mayor error esté en darle vida —hice notar, roncamente—. Pero no va a lograrlo por esos medios, Eric.

No se dignó contestarme. En vez de eso, dispuso las cosas, con ayuda de la baronesa Von Halen, aplicando los circuitos eléctricos a los electrodos del monstruo, visibles en su cuello y sienes, así como en el corazón. Luego, puso en funcionamiento un transformador, que comenzó a emitir un zumbido continuado.

—Todo a punto —dijo Eric, tras depositar al monstruo encima de una mesa seca, ya desprovisto del hielo que le envolvía—. Creo que resultará…

Yo recé mentalmente porque no fuese así. En primer lugar, por mi propia vida. En segundo, porque no sentía ningún entusiasmo por ver elevarse, dotada de vida propia, la gigantesca figura del monstruo.

Pero Eric parecía confiar ciegamente en todo esto. Aplicó los cables a los electrodos. Se acercó al transformador y empuñó una palanca del interruptor, para provocar la descarga de alto voltaje capaz de reavivar a la criatura.

Contuve el aliento. Eric accionó el interruptor.

Hubo una vivísima llamarada, un centelleo cegador, uniendo los electrodos del cuerpo inerte. Este se agitó, en un espasmo que provocó mi escalofrío. Las restantes luces descendieron violentamente. Recordé los apagones en la fonda de McDavis. Evidentemente, Eric había experimentado muchas veces, en previsión del gran momento, que ahora tenía lugar ante mis ojos.

La descarga duró unos segundos, tres o cuatro. Luego, volvió a desconectar, y la iluminación aumentó, extinguiéndose los arcos voltaicos y los relampagueos de alta tensión en el cuerpo del ser.

Todos nos quedamos mirando, con distintas emociones, a la figura tendida en la mesa.

No se movió.

Ni lo más mínimo. El espasmo anterior había sido simplemente una sacudida causada por el voltaje. Seguía tan inmóvil como antes. Rígido el rostro espantoso, inerte la figura deforme.

—Nada, Eric —suspiró ella—. No lo has conseguido.

—¡Pero lo conseguiré! —rugió él, exaltado, con el rostro lívido y los ojos dilatados.

Fanáticamente casi, accionó de nuevo la fuerza eléctrica, descargando toda la energía sobre el cuerpo aquel, hasta dejar

virtualmente a oscuras todo el laboratorio.

De nuevo las sacudidas del cuerpo me hicieron temer lo peor. Pero pasó el momento, se detuvo la descarga… y el resultado siguió siendo el mismo. La criatura continuaba quieta, rígida, sin la menor señal de vida.

En ese momento psicológico, solté una suave risita.

—Lo sabía —dije—. Lo sabía. Ha fracasado, Eric. Y volverá a fracasar…

Airado, se volvió a mí. Los apretados labios espumeaban de ira. Le vi tomar un objeto cortante, de encima de un mueble, y avanzar resueltamente hacia mí.

La ira, el afán homicida, asomaba en sus ojos mientras se movía, arma en ristre, dispuesto a silenciarme para siempre.

* * *

—¡Eric! ¿Qué vas a hacer?

Ella gritó sin que él respondiese. Temí que cumpliera sus propósitos, cortándome el cuello, como había hecho con Johansen anteriormente.

Algo, sin embargo, le detuvo en seco, a poca distancia de mí. Respiró hondo.

—Vuelva a reírse, Garfield, y no tendrá ocasión de ver nada más —amenazó—. No me gustan las burlas, ¿ha entendido?

—Será mejor que te calmes, Eric —le recomendó la baronesa—. Si esto fracasara, ¿qué harías, con él muerto?

—Capturaría a Frankenstein para que me diese ese método, si existe.

—No sería suficiente —repliqué con audacia—. Él tiene el método. Pero también el procedimiento para hacerlo. Yo conservo el único medio existente. No se puede fabricar otro aquí, Eric. Y sólo yo sé dónde está ahora. Frankenstein, aunque caiga en su poder, no podría decirle dónde escondí el ingenio.

—Sigo sin creerle —rezongó ásperamente, tirando el arma en un rincón.

—Peor para usted —suspiré—. Ya fracasó un intento. Fracasará el otro, y para entonces, el monstruo estará en período de descomposición. Haga lo que quiera, pero todo cuanto ha hecho por alcanzar este poder, lo habrá perdido estúpidamente por no pactar conmigo.

—Pactar… ¿Qué pacto del demonio quiere hacer? —se irritó él.

Ya era algo. Empezaba a admitir la posibilidad de ese pacto. Traté de ser cuidadoso ahora. No podía perder el terreno ganado.

—Mi vida. Y dinero —reí suavemente—. Es humano, ¿no?

—¿Cuánto dinero?

—Una suma razonable.

—¿A qué llama usted «razonable»?

—Digamos… diez mil libras.

—¡Diez mil! Es una fortuna. No le pagaría nadie tanto.

—¿Por el monstruo? Usted se ha gastado mucho más, habilitando esta isla para recibir a la criatura de Frankenstein, y comprando a gente como Johansen para que le ayudaran.

—Si ese método existiera… le daría solamente cinco mil libras. Y la vida.

—¿Y cuáles serían mis garantías? —repliqué—. Una vez con vida el monstruo, usted podría hacerme matar y recuperar su dinero.

—Le daría mi palabra.

—¡Su palabra! —reí sordamente—. Vamos, vamos, ¿cree que estoy loco? No creo en la palabra de nadie. No, Eric. Tendría que ser más seguro el pacto.

—No veo cómo. ¿O espera que yo me fíe de usted y le entregue el dinero y una embarcación, dejándole partir sano y salvo, antes de que el monstruo reviva?

—Esas son, exactamente, mis condiciones —mentí fríamente.

—Ahora soy yo quien le pregunta si cree que estoy loco. Luego, resultaría que su presunto método no sirve. Y me quedaría igual. No, Garfield. No hay trato.

—Espera —intervino ella—. Tiene que haber un medio. Ya que hemos invertido tanto en esto… ¿Por qué no intentarlo? Si ese ser se pudre, lo habremos perdido todo.

—¡Y si este tipo nos engaña, aún perderemos más! —aulló Eric—. Además, las autoridades se enterarían de todo. Es mucho riesgo. Y ninguna seguridad.

—Está bien —suspiré, encogiéndome de hombros—. Entonces, adelante con su propio método. Hágalo, Eric. A su modo. Yo podré seguir riéndome de sus esfuerzos.

El enarcó las cejas, irritado. Pero no dijo nada. En vez de eso, se encaminó hacia el fondo, donde debían hallarse las escaleras que descendían a aquel sótano, tras una puerta cerrada.

—Yo tengo algo que hacer arriba. Volveré enseguida para reanudar la tarea, esta vez con los medios electrónicos. Cuida de él. Y no te fíes de cuanto diga. Es un farsante.

Eric abandonó el laboratorio, cerrándose la puerta tras él. Oí sus pisadas, subiendo por una escalera. Mis impresiones se cumplían. Debíamos de estar en los sótanos del castillo del promontorio, pensé…

Nos quedamos solos los dos. La baronesa y yo. O mejor dicho… los

tres. Ella, yo… y el monstruo.

Seguía produciéndome escalofríos la presencia de aquel cuerpo interminable y poderoso sobre la mesa. Era como si en cualquier momento pudiera empezar a moverse, a revivir, para espanto de todo ser humano…

Pero era simple temor. Aquella figura de pesadilla no se movía lo más mínimo. Allí el miedo debían de producírmelo ella, la baronesa, y Eric Drummond, su misterioso y extraño cómplice quien, sin saber yo la razón, a veces me producía la vaga impresión de algo conocido, ligeramente familiar. Pero pronto se diluía esa impresión fugaz, para pasar al olvido más completo.

—Eric tardará algún tiempo… —susurró ella roncamente.

—¿Y bien…? —pregunté, mirándola fijo.

—Tenemos tiempo ahora, Garfield. Ya te dije que me gustas…

—Pero… pero no estamos solos… —traté de argumentar ridículamente.

—Oh, ¿eso? —ella señaló al cuerpo de la mesa—. Vamos, es sólo un trozo de carne muerta desde hace decenas y decenas de años. No estaría mal que cobrase cierta clase de vida, pero ya lo ves. Sigue como tú decías, tan muerto como al principio. Sin embargo, tú no estás muerto…

Rió su procacidad, y comenzó a acariciarme de nuevo. Se desabrochó sus negras ropas. El contraste entre el enlutado vestido y su blanca piel, era sorprendente. Mis manos atadas fueron introducidas con energía en sus formas desnudas. Las acaricié del modo que me era posible, mientras ella dominaba totalmente la situación y se precipitaba sobre mí, cubriéndome de besos, echando sus potentes senos blancos y firmes sobre mi rostro…

No pude evitar que las cosas ocurriesen como ella quería. Aun cautivo, yo era un hombre, y ella una mujer. Además, una mujer de cautivador atractivo físico, pese a que era mi enemiga mortal en esos momentos.

Pero durante unos minutos de mutuo placer, la enemistad se olvidó totalmente. Nos entregamos el uno al otro, en el silencio ominoso del laboratorio ante la muda e inmóvil presencia del monstruo inerte.

Confieso que ha sido el contacto íntimo con una mujer más sorprendente y extraño de toda mi vida. Nunca olvidaré aquel momento, mezcla delirante de pasión y de siniestras amenazas en un clima de pesadilla.

Pero, sobre todo, jamás lo olvidaré por un motivo.

Por lo que sucedió después. Por el horror que, apenas exhaló la baronesa su último suspiro de placer, estalló en el laboratorio subterráneo.

Y el horror llegó de aquella mesa donde yacía la forma inmóvil.

Yo aún besaba la ardorosa, húmeda boca de ella, cuando desorbité mis ojos, por encima de su hombro, y grité, provocando su retirada brusca.

—¡Dios mío, no! —aullé—. ¡No es posible!…

Pero sí. Era posible. La baronesa, soltándome, asustada, giró la cabeza. Un alarido escapó de sus labios.

Ambos pudimos verlo.

El monstruo se movía.

El monstruo empezaba a levantarse de la mesa. Y sus helados ojos malignos, acuosos y fúnebres, estaban fijos en nosotros dos…

* * *

—No, no… No es posible… No puedo creerlo…

Era ella la que hablaba. Con voz entrecortada, rota. Tambaleándose ante la imponente presencia de aquella mole viviente que, con lentitud, con pausada calma, se arrancaba los cables a manotazos, sin dificultad alguna, y movía pesadamente sus piernas hacia nosotros.

Su estatura resultaba terrible, angustiosa. La expresión de su rostro, alucinante. Aquel cadáver viviente, aquella creación de la demencia científica de otro tiempo, se venía sobre nosotros dos inexorablemente.

Asustada, la baronesa cometió un grave error. Aferró un sillón cercano, y lo alzó con energía, plantándose ante el gigante, dispuesta a defenderse.

—¡No, no lo hagas! —la avisé, aunque era mi enemiga, y aquella resurrección inesperada significaba el fin de mis posibilidades ante Eric—. ¡No, es una locura!

Pero la locura estaba consumada, porque ella, presa del terror histérico que ahora la dominaba, arrojó contra la criatura el mueble. Este le golpeó en el torso y los brazos violentamente. Una persona normal, hubiera caído a tierra, sin remisión.

Pero aquello no era una persona. Nunca lo había sido.

Ni siquiera osciló o acusó el impacto. Sencillamente, sus manazas enormes, de dedos largos y desiguales, de nudosas articulaciones, aferraron el mueble. Momentos después, lo trituraba con sencillez, arrojando las astillas al suelo, sin inmutarse.

De sus labios lívidos, violáceos y apretados, brotó una especie de gruñido. Ella, exasperada, se precipitó ahora hacia donde Eric arrojase el cuchillo, con la intención de esgrimirlo y atacar a cuchilladas a la criatura.

—¡No! —la llamé de nuevo, forcejeando en vano con mis ligaduras, que me mantenían inmóvil e impotente ante aquella furia desatada—. ¡No lo hagas!

Era inútil todo. Estaba como enloquecida, aunque tenía motivos para ello. Alcanzó el cuchillo. Se alzó, tratando de utilizarlo. Tenía al monstruo virtualmente sobre sí. No pude hacer nada por evitarlo.

La criatura alzó sus manos increíbles. Las descargó sobre la cabeza y espaldas de la baronesa, como un juego. Temblé, al oír crujir su cráneo y su espina dorsal.

Había roto ambas cosas.

Vomitando sangre, por boca y nariz, se desplomó la infortunada a sus pies, doblada en dos por el punto donde las manazas partieran la columna vertebral. Ya era cadáver.

Luego, impávido, demoledor, solemne y tranquilo, el monstruo giró el cuerpo. Y vino hacia mí.

Capítulo VIII

Nunca vi la muerte más cerca que ahora.

El horror me llenó el cuerpo de un frío glacial y penetrante. Aterrorizado, me encogí en el asiento, moviendo mis manos y piernas en vano. Las ligaduras resistirían perfectamente. Y el monstruo me aplastaría como el que aplasta un insecto.

Paso a paso, movimiento a movimiento, cada vez era menor la distancia entre él y yo. Se movía pesadamente, pero era inexorable como la Muerte misma. No había escapatoria posible. Era la muerte. El final.

Una yarda, media… La sombra enorme del gigante se abatía ya sobre mí. Vi alzarse sus enormes manazas hacia mí, como instrumentos devastadores. Tragué saliva. Todo estaba perdido. Ni siquiera podía luchar, aunque hubiera sido inútil con aquella gigantesca figura dotada de una nueva vida.

Por eso se me ocurrió, en mi desesperación, lo único lógico y razonable.

—¡Espera! —le grité con voz abrupta, potente—. ¡Espera, amigo! ¡Te lo ordeno! ¡Yo soy tu amigo, además de tu amo y señor! ¡Yo no te quiero mal ni te ataco! ¡Quieto ahí!

Tienes que escucharme.

Y ocurrió.

Nunca lo hubiera creído. Aun ahora, a veces, recordando aquel momento de horror, no paso a creerlo.

El monstruo se paró. A menos de dos pasos de mí. Con sus manos terribles cerca de mi rostro y mi cuello. Me miró inexpresivo, con sus ojos vacuos y fríos,

Un gruñido ronco escapó de sus labios. Bajó lentamente los brazos y se quedó quieto.

Sentí un escalofrío. Era una idea fantástica, estremecedora. Ahora… ahora YO era el dueño del monstruo. Me obedecía. Me escuchaba.

—Eso es —dije, sin quitar autoridad a mí voz—. Así debes actuar. Estoy atado. Tus enemigos me ataron. Me querían matar. Suéltame. Déjame ayudarte, o te harán daño. Yo te entiendo. Soy tu amigo. Arranca estas cuerdas de mis manos y pies. Sin hacerme daño.

Lo hizo. Sus dedos terribles trituraron las ligaduras, deshilachándolas fácilmente. Tan delicado fue, que ni siquiera me rozó. Luego, como un perro fiel, siguió allí, quieto ante mí,

mirándome dócil.

Sentí por la criatura una tremenda, infinita compasión. No merecía todo aquello. No debía de haber sido revivido por medio de la electricidad. Era el reposo eterno lo que quizá deseaba. No era perverso ni malvado. Sabía reconocer a quien le hacía daño de quien no le atacaba.

Confieso que no estaba demasiado tranquilo con él, pero acepté la situación con gran entereza. Era lo mejor que podía ocurrirme, después de todo. Miré a mí nuevo amigo dominando mi propio estupor.

—Vamos —le dije—. Hay que salir de aquí cuanto antes. O nos sorprenderán, matándonos a los dos. Te querrán destruir apenas te vean. Tenemos que salir.

Se movió hacia una salida con fríos pasos mecánicos. Yo le seguí. No le costó nada hacer añicos la puerta del fondo. Nos hallamos ante la escalera que subía, por la que Eric desapareciera antes.

—Sigue —le invité—. Hacia arriba. Se enfrentarán a ti, amigo. Yo te diré lo que debes hacer. Vamos ya.

Subió escalón a escalón. Sin vacilar. Pesadamente, eso sí. Como una máquina demoledora. Yo le seguí, pendiente de sus movimientos, preguntándome qué sucedería cuando llegáramos arriba, qué iba a ocurrir con los demás ocupantes del lugar donde nos encontrábamos ahora encerrados.

Pero ahora no estaba solo. Me acompañaba mi nuevo amigo. Y con él al lado, no tenía miedo alguno. Aquel ser a quien tanto temiera anteriormente, era ahora mi mejor protector y aliado.

Y eso lo sabía yo muy bien, mientras subíamos los escalones hacia la salida, quizá hacia la vida. O hacia un desastre mayor.

Capítulo IX

Así ocurrió todo.

Tal como yo preveía en un principio. Nos encontramos con Eric en lo alto de la escalera. Fue un encuentro súbito e imprevisto. Sobre todo, para él.

Luego, un alarido de estupor, de horror y cólera, sacudió el alto abovedado del subterráneo. Se precipitó hacia nosotros Eric, en un intento desesperado por arrojarnos escaleras abajo.

—¡No lo haga! —le grité—. ¡El monstruo le triturará!

Y así fue.

Le bastó extender una mano. Le sujetó por el cuello, parándole en seco. Luego, lo estrelló dos veces contra el muro de piedra. El cráneo crujió como un fruto maduro.

Cuando Eric Drummond besó los escalones de piedra, rodando por ellos hasta el fondo del siniestro laboratorio subterráneo, yo sabía que estaba muerto y bien muerto. Al monstruo le había bastado con aquel mazazo formidable descargado con la cabeza del hombre sobre las piedras, para terminar con él con la misma facilidad que si hubiera manejado una pequeña cría animal.

Contemplé despavorido a mí acompañante. Era, desde luego, un enemigo aterrador. Pero contaba ahora con él como amigo, como aliado momentáneo, y eso me tranquilizaba un poco, aunque ignoraba si aquella masa diabólica de materias muertas a las que un médico suizo diera vida en el pasado, repitiéndose la experiencia en la actualidad, me sería fiel en todo momento. O si sería yo capaz de seguir manejándole con igual éxito.

De momento, no podía ya volverme atrás. Al parecer, la situación estaba resuelta, puesto que dos personas, dos temibles enemigos como la baronesa y el misterioso Eric, habían desaparecido. Pero yo ignoraba aún lo que me esperaba allá arriba, en la residencia de los ladrones del monstruo, los enigmáticos personajes que habían estado esperando en Dunsay Island nuestra llegada con la criatura de Frankenstein.

No podía olvidar que, además de ellos dos, otras personas moraban en la casa del promontorio, el falso castillo edificado en los altos peñascos que cerraban el pueblo marinero por su lado sur.

Esas personas eran los criados… y Hurd Cortland, el secretario que me había asegurado no tener nada que ver, en absoluto, con los asuntos de Viktor Frankenstein, ni con los misteriosos asesinatos en el

pueblo dormido y silencioso.

Llegamos el monstruo y yo a una especie de plataforma de piedra, o rellano, situado delante de una puerta de hierro, en cuya cerradura estaba puesta la llave. El ser resucitado se detuvo con su habitual pesadez de movimientos. Giró hacia mí el espantable rostro lívido, tirante, surcado de cicatrices, extrañamente grisáceo en torno a los ojos vidriosos, y de un oscuro tono en los apretados labios que parecían cosidos.

Me estremecí. No era nada agradable verse contemplado por aquella espantosa criatura surgida de la Muerte. A pesar de que fuese ahora mi aliado, yo no podía evitar un escalofrío de horror instintivo. Me preguntaba interiormente si no sería más tangible, más real, y por tanto menos atroz el miedo que me causaran la baronesa y su aliado Eric, con ser enemigos míos en todo momento, hasta el desenlace final en el laboratorio secreto, que el pavor que irremisiblemente producía, incluso en una persona amiga, la presencia terrible de aquel ser de pesadilla.

No vacilé. Tenía que demostrar firmeza, autoridad. Tal vez si me mostraba débil o asustado, perdería la aparente influencia que ejercía sobre el monstruo. —Vamos —le dije—. Tenemos que salir de aquí. Yo abriré esa puerta.

Asintió, con su cabeza deforme, de pelo aplastado, de frente amplia y tirante, con huellas de viejas costuras. Un brillo de inteligencia asomó allá en el fondo de sus vidriosas pupilas.

—*Sí* —le oí musitar—. *Vamos…*

Un ramalazo de pánico y de angustia me sacudió. Era terrible oír su voz. Oírla por primera vez modulando palabras, no sonidos inarticulados y sin sentido, como yo esperaba.

Había hablado. Y no sólo eso. Había entendido mis palabras. En aquella masa de horror latía, sin duda, una chispa de inteligencia, una fuerza mental que el mito le había negado, aunque yo recordaba ahora que, según su creadora literaria, el monstruo sí tenía capacidad para hablar, razonar e, incluso, sentir dolor y amargura por la marginación que la sociedad humana creaba en él, a causa simplemente de su aspecto físico.

No comenté nada, tal vez porque no me sentía con ánimos para ello. Me limité a girar la llave en la cerradura, y abrir aquella puerta, que no produjo el menor chirrido, demostrando estar perfectamente engrasada. Asomé a su interior. Un largo y lóbrego corredor se perdía en la distancia, sin duda formando recodo en alguna parte. No vi luz alguna en el lugar.

—En marcha —le indiqué a mí alucinante compañero—. Vamos ya.

Encontré entre mis ropas el encendedor de gas y lo hice funcionar. Por fortuna aún emitía llama. Cuando el monstruo la vio brotar, hizo un leve, instintivo movimiento de retroceso, pero al ver que no aumentaba desmesuradamente, empezó a mover sus largas piernas pesadamente, sonando sus pasos en las baldosas de forma lenta y apagada.

La llama de mi encendedor proyectaba en los húmedos muros una sombra gigantesca, estremecedora. El tamaño, ya de por sí desmesurado, de la criatura de Frankenstein, se agigantaba de este modo, bailoteando en las paredes como algo que tuviese vida propia, al ritmo con que el gélido aire húmedo agitaba la llama de gas.

Creo que ya nunca sentiré miedo de nada ni de nadie, tras haber vivido aquella increíble, espeluznante experiencia. El recorrido del corredor oscuro, con la figura del monstruo moviéndose a mí lado y proyectando aquella sombra demoníaca, será ya el recuerdo más escalofriante y terrible de toda mi vida. Algo que jamás olvidaré mientras exista.

Pero lo cierto es que jamás tampoco estaría tan seguro, como protegido por aquella forma de vida surgida de las tinieblas de lo Desconocido, por el genio científico de un hombre, allá en el pasado.

Alcanzamos el recodo que yo presentía. El corredor se dobló allí, y una fuerte ráfaga de aire helado apagó mi encendedor. Aunque lo prendí otras dos veces, en ambas ocasiones se repitió el ramalazo frío, y nos dejó a oscuras.

Pero la oscuridad, a medida que los ojos se habituaban a ella, no era tan completa como parecía. Allí, ante mis ojos, algo brillaba tenuemente, un reflejo, una claridad leve, procedente de alguna parte.

Tardé unos segundos en comprender. El corredor conducía a otra puerta cerrada, pero ésta era de tablas mal ensambladas. Y por sus rendijas, se filtraba una débil claridad exterior, de tono azulado. Me detuve, perplejo.

—Adelante —invité a mí silencioso compañero—. Salgamos ya de aquí, ocurra lo que ocurra, amigo mío.

El echó a andar de nuevo. Y habló. Sus palabras, extrañamente roncas, tuvieron la virtud de hacerme estremecer. Pero no de miedo, sino de emoción.

—Gracias —*dijo*—. Gracias por llamarme amigo. Es hermoso que no asuste a alguien, que tú te consideres mi amigo…

Y sentí de repente el helado contacto de una mano, apoyándose en mi hombro, rozándome con sus largos y fríos dedos la piel del cuello. Lo que significaba un pavoroso contacto con la piel reseca y glacial del monstruo, tenía en ese momento algo de enternecedor, de cálido y amistoso.

Ya no podía sentir miedo alguno, sino una infinita compasión por la infortunada criatura. Él nunca había pedido esta clase de vida. No tenía culpa de vivir ni de ser como era. El éxito y el fracaso de un científico, habían creado tal ser. Pero en aquella mente imperfecta, latía algo sensible, algo humano, después de todo.

Tragué saliva, antes de avanzar, comentando algo:

—Realmente, *somos* amigos tú y yo —dije—. Y me gusta la idea, te lo aseguro.

Lo que no me hubiera gustado, es la idea de que fuese alguna vez mi enemigo. Sólo el recuerdo de lo, sucedido abajo, era para poner los pelos de punta al más valiente.

Llegamos ante la puerta de madera. Era más recia de lo que imaginé, y pese a mis esfuerzos, resistió perfectamente. Exhalé un suspiro de disgusto.

—Esto no es como antes —dije—. No se puede abrir.

—Déjame a mí.

Fue todo lo que dijo el monstruo. Luego, cargó contra la puerta sin vacilaciones.

Le bastaron dos mazazos con sus terribles puños demoledores. La madera crujió, astillándose y abriendo boquetes enormes. Era como golpear en unas obleas de galleta seca. Se desmoronaba hecha añicos, sin la menor resistencia, y sin que los lívidos nudillos de aquellas gigantescas, deformes manos, mostraran la menor huella de daño o de dolor.

El paso estaba libre. Avancé con el monstruo, agradeciendo una vez más sus inestimables servicios de aliado.

Y nos encontramos repentinamente bajo un cielo nublado, torvo, del que descendían aún algunas gotas de lluvia, sacudidos por un viento glacial que no parecía impresionar a mí «amigo», en medio de un rectángulo cerrado y no muy amplio.

Un patio interior. Ese era el lugar. Los muros no parecían corresponder a los de la casa-castillo del promontorio. Eran bajos y desconchados, de un color oscuro y mugriento. Había ventanas cerradas en él. Y una puerta al fondo, ancha y pesada, también de madera.

El lugar me era desconocido y, sin embargo, tenía algo de familiar para mí, no sabía el qué. Señalé la otra puerta, cuando el monstruo me dirigió una mirada interrogativa. Asintió, moviéndose hacia allá con su peculiar pesadez de movimientos. Le seguí, seguro de que no necesitaría llaves para abrirse paso hasta cualquier sitio.

Llegamos ante aquella puerta. Volvió a mirarme, como pidiéndome instrucciones. Yo probé la puerta. Luego, asentí, al ver que se resistía.

—No hay otro remedio —dije—. Ábrela, amigo.

Pareció feliz, ingenua e infantilmente dichoso de que pudiera demostrar de nuevo sus titánicas fuerzas en lo que se le antojaba un juego alegre y divertido. Alzó sus brazos. Cuando los abatió sobre aquella hoja de madera, ésta voló hecha pedazos, en medio de un seco estruendo.

La difusa claridad azulada de la noche al aire libre, se convirtió en súbita y cegadora claridad de luces eléctricas. El monstruo y yo nos hallamos ante una sala donde ardía un alegre fuego, y en cuyo centro se hallaban dos personas que nos encañonaban con armas de fuego.

—No se muevan —silabeó una voz, fría e incisiva—. No lo hagan, o morirán los dos. Que yo sepa, el cerebro de Frankenstein, es decir, de su monstruo, no es inmune a las balas de calibre 38, señor Garfield…

Me quedé petrificado. Y de repente entendí muchas cosas.

No habíamos salido a ninguna estancia de la casa en el promontorio, ni mucho menos.

Ahora sabía por qué había visto algo familiar en aquella edificación cuando salimos al patio. Ahora, todo estaba claro para mí. Pero demasiado tarde.

El salón, el fuego en el hogar, las mesas, los taburetes… Era la cantina, la fonda de McDavis, en el pueblo.

Y las personas que, armadas de dos revólveres niquelados, calibre 38, nos encañonaban al monstruo y a mí… eran precisamente Trevor McDavis y su esposa Sarah.

Capítulo X

El monstruo parecía dispuesto a atacar. Le quité esa idea de la cabeza, apenas capté de soslayo su tensión, su decisión ostensible de seguir avanzando.

—Quieto, amigo —le avisé roncamente—. Ellos dicen la verdad. Eres muy fuerte, pero tienes un cerebro normal. Una bala te lo destrozaría irreparablemente. Es mejor hacerles caso.

—*¿Quieren… hacerte daño? ¿A ti? ¿Y a mí también?* preguntó ingenuamente el monstruo.

—Sí, eso parece —asentí—. Y nos lo harán, si les damos motivos para ello. Deja que hable yo ahora, amigo mío. La fuerza no sirve ahora de mucho.

—No hay nada que pueda servirle, Garfield —silabeó McDavis fríamente—. No tiene escapatoria… a pesar de lo amigo que se ha hecho del monstruo, por lo que veo. ¿Qué fue de Eric… y de la baronesa?

—Muertos. Los dos —dije fríamente.

—Debí suponerlo —suspiró—. Bien. Ahora, soy el único amo del monstruo.

—De modo que usted estaba en complicidad con Eric…

—Era mi hermano —me replicó con sequedad—. Yo me llamo realmente Alex Drummond. Vinimos a esta isla para apoderarnos de la creación de Frankenstein. Llevábamos vigilándole mucho tiempo. Cuando supimos que había tenido éxito en su búsqueda, lo dispusimos todo. Johansen se vendió por nuestro dinero. En la isla, todo estaba a punto.

—La baronesa, Eric… y usted.

—Eso es —asintió McDavis, risueño—. Yo nunca he sido McDavis. Ese fue otro hombre a quien compré el negocio secretamente. Luego, me deshice de él. Está su cadáver en la bodega… Ocupé su puesto, con Sarah, mi esposa. Ambos hemos obrado ante el pueblo haciéndonos pasar por auténticos escoceses… y nadie dudó jamás.

Riendo, se despojó de una perfecta peluca y de unas falsas patillas rojas, mostrando ahora su cabello negro y los postizos de su rostro. Su mujer, también sonriente, se había quitado una peluca gris, más postizos del rostro y algunos del cuerpo, mostrándose infinitamente más joven y esbelta de lo que parecía. Todo ello, sin dejar de encañonarnos.

—De modo que McDavis nunca existió… —dije sordamente.

—Eso es —soltó una carcajada—. Pero no espere ayuda. Sus amigos duermen. Todos ellos. Un gas narcótico especial, en su ausencia, se ocupó de ello. Como ya antes, a su llegada, había adormecido a todo el pueblo de pescadores. Por eso no ha visto ni oído usted a nadie, ni nadie fue a ayudarles en el naufragio. Los habitantes de la isla duermen apaciblemente. Cuando despierten, ignorarán lo sucedido. Y yo seré el dueño de la criatura de Viktor Frankenstein…

—¿Y yo? —pregunté secamente.

—Habrá muerto. Como morirán todos, incluido su amigo Viktor Frankenstein VI. Habré completado mi obra.

—De modo que el laboratorio secreto, las descargas de energía eléctricas que hacían descender la luz en el pueblo, el refugio de los criminales… nunca estuvo en el promontorio.

—Claro que no —rió—. Todo era aquí, en esta casa, en los sótanos de la fonda. Desde que fui McDavis para todos, instalé cuanto precisaba, a la espera de la llegada de Frankenstein y su criatura. Eric era solamente mi colaborador. Yo he sido el cerebro de todo esto.

—¿Y la baronesa?

—Arriba, en la casa del promontorio —rió suavemente McDavis—. La baronesa Von Halen nunca se mezcló en esto, pero era un modo de desviar sospechas de nosotros. Por eso le hablé de ella. La que ha muerto abajo, Garfield, era una aventurera hermosa y aristocrática, una rumana muy bella, unida a mí hermano Eric. Eso es todo. Usted subió al promontorio, pero Eric le siguió y golpeó, trayéndole aquí. No debía averiguar que en la casa del promontorio nada saben del asunto.

—Y Eric nunca fue a la casa del promontorio…

—En eso se equivoca. Sí estuvo allí. El conocía a la baronesa. Estuvo de visita un par de veces. Le dijo que había venido aquí a pasar una temporada lejos del bullicio mundanal. Eric y yo hemos sido personas importantes, ricas… y ahora habíamos invertido nuestro dinero en esta empresa. El sueño de nuestra vida fue ese precisamente: llegar a tener al monstruo de Frankenstein, y hacer de él un instrumento para volver a ser ricos y poderosos… Gracias por su cooperación, Garfield. Mi hermano y su amiga han dejado de existir, pero ahora Sarah y yo recogeremos los frutos del esfuerzo… Lo siento, amigo.

Tengo que matarle.

Y lo iba a hacer. Su dedo se movió en el gatillo del revólver.

Capítulo XI

—¡Amigo, ataca…! —rugí, de repente, viendo que todo estaba perdido.

Lo captó con sorprendente rapidez. Y atacó.

El monstruo se precipitó sobre los McDavis —los Drummond, en realidad—, como una mole implacable. Gritó él, alzando su revólver, disparándolo sobre la criatura.

Ni se tambaleó. Lo cierto es que la bala había rasgado su lívida piel grisácea, junto a la sien, sin penetrar la bala en el cráneo, como yo temiera.

Sarah disparó también, pero sin tino, aterrorizada por el ataque, y su bala se perdió lejos de la gigantesca figura. No tuvieron otra oportunidad ninguno de los dos.

El monstruo aferró a cada uno con una de sus enormes manos, tras arrancar de sus dedos con una facilidad pasmosa los revólveres cargados, que tiró lejos de sí, despectivamente.

Luego, los alzó en vilo. Los volteó como dos juguetes.

—¡No, espera…! —avisé roncamente, temiendo lo peor—. ¡No lo hagas!

Era tarde. Ya lo había hecho.

Los soltó, arrojándolos violentamente contra el muro de piedra, sobre el hogar. Los cuerpos humanos volaron como objetos. Su chasquido contra la dura pared, de cabeza, me despertó escalofríos. Sus cráneos habían crujido como nueces cascadas. Y no estaban mucho mejor, al resbalar hasta el suelo, donde quedaron en grotesca postura.

Ambos tenían la cabeza triturada por el impacto. De sus fosas nasales y de su boca, brotaban hilos de sangre. Sus cabezas caían sobre el pecho, con los cuellos quebrados. A la criatura le había bastado un momento para deshacerse de ambos.

Se quedó inmóvil en medio de la sala. Luego, se volvió, contemplándome con infinita tristeza.

—Lo siento —dijo—. No quise hacerlo. Veo que todo sigue igual. Cualquier día haría lo mismo con otras personas… Me perseguirían por ello, querrían matarme… El mundo no ha cambiado mucho. Ni yo tampoco. No tengo la culpa, pero… ¿a qué seguir? Nunca debí nacer. Nunca debieron volverme a la vida. Adiós, amigo… para siempre. Será mejor así. Adiós… amigo

—¡No, espera! —le grité—. ¡No te vayas aún! ¡Puede ser todo

como tú deseas!…

Meneó negativamente la cabeza. Salió al exterior, tirando a su paso cuanto hallaba, apartando muebles y objetos, casi con ira. Desde el umbral, aún giró la cabeza, me miró largamente… Y vi en sus oscuros ojos una infinita tristeza, una incomprensión y amargura realmente patéticas…

Es la última vez que lo vi. Y creo que jamás volveré a verle ya en la vida.

Intenté salir tras él. La voz serena, a mí espalda, me contuvo:

. —Déjelo… Creo que es lo mejor. Yo estaba equivocado. Él ha entendido. Es mucho más inteligente de lo que pensé. Más que todos nosotros, Garfield…

Me volví. Era Frankenstein. Pálido, despeinado, tambaleante. Descendía las escaleras de los dormitorios, evidentemente recién despertado de la inconsciencia de aquel gas narcótico que mencionara McDavis.

Asentí yo también. Creo que tenía razón. Pero aun así, fui a una ventana, abrí el postigo, miré al exterior…

La alta, pesada, lenta figura monstruosa, llegaba a la orilla del mar, oscuro y tumultuoso. Pero no se detenía allí. Seguía, seguía… El agua llegó a cubrir sus rodillas, su cintura… Y siguió avanzando, avanzando siempre hacia la sima negra, eterna, insondable… Al fin, el mar lo engulló. Y también las sombras.

—Dios mío… —susurré—. Se ha ido… para siempre.

—Sí, Garfield —musitó a mí lado Viktor Frankenstein VI—. Y más vale así. Esta vez ya no volverá. Nunca más… Pobre criatura. Pobre…

—Pobre amigo mío… —añadí yo roncamente.

Y me volví al interior de la estancia. Ahora quedaban pocas cosas por hacer. Esperar al nuevo día, buscar un modo de comunicar con los guardacostas cuando despertaran los ciudadanos dormidos… Y esperar que nos sacaran de allí definitivamente. Todo eso tenía ya arreglo. Lo peor había pasado.

Pero yo sabía que debíamos nuestras vidas al ser que se hundió en el mar.

—¿Y Suzette? —pregunté a Frankenstein roncamente.

—Arriba… Dormida, como todos… —musitó, señalando al piso alto—. La Vi al despertarme. Está bien. Vaya con ella, Garfield. Y trate de olvidar lo demás. Será lo mejor para todos. Para todos nosotros…

EPILOGO

Era el final. Y lo sabíamos.

Contemplamos la isla escocesa en la distancia. Recordamos los sucesos de aquellos últimos días, y nos miramos con una mezcla de horror y de esperanza.

—Steve… ¿Ha sucedido realmente todo eso? —musitó ella.

—Sí —asentí lentamente—. Ha sucedido, Suzette… Ha sucedido. Aunque nunca lleguemos a creerlo.

Y luego, enmudecimos. Porque realmente, ella tenía razón en dudarlo.

Aun hoy día, yo a veces me lo pregunto. Y dudo.

Y creo que ha sido un sueño.

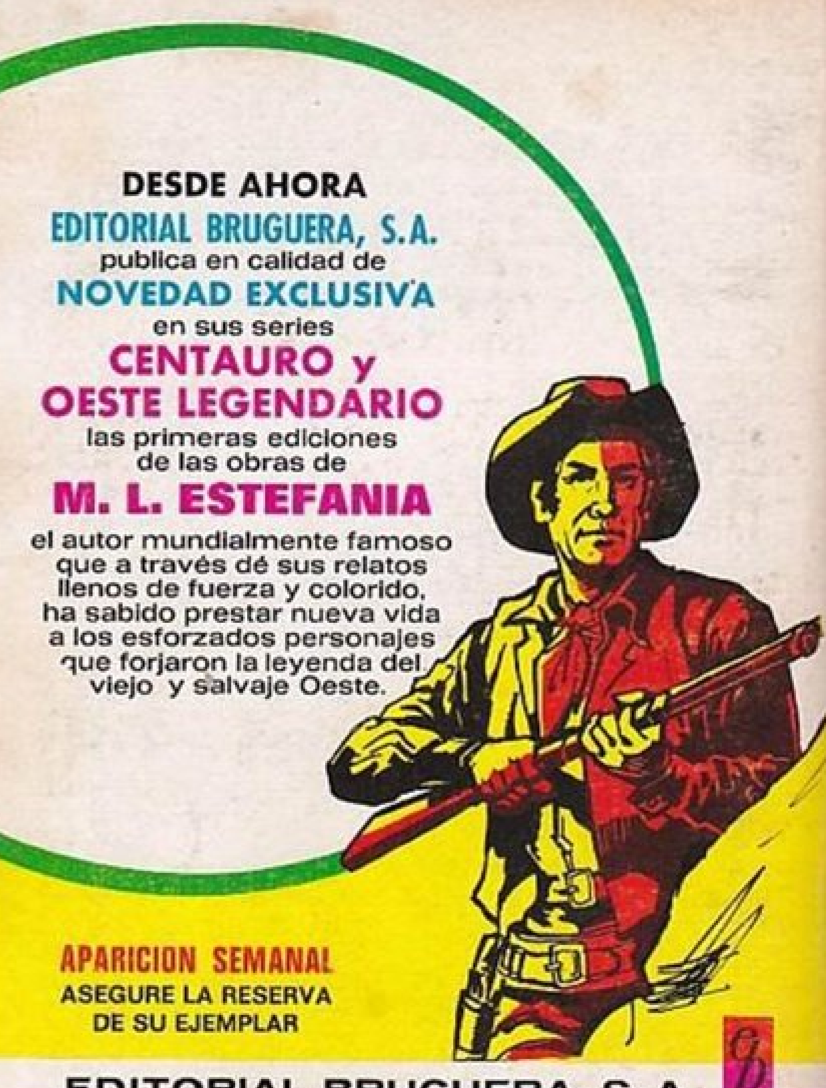
Solamente un sueño.

Pero no lo fue. Ambos lo sabemos.

Yo… encontré un día a Frankenstein.

Y al monstruo.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.